

CAMPAÑA DE ANIMACIÓN MISIONERA 2021

Material producido en comunión por Direcciones Nacionales de Obras Misionales Pontificas de diversos países de América con el objetivo de cooperar unos con los otros en la animación del Mes Misionero.

VERSIÓN ESPAÑOL

«No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20)

Queridos Hermanos Directores:

En estas páginas, nos ofrecemos el trabajo compartido, el saber, la reflexión y la creatividad son puestos con generosidad al servicio del bien común.

Como no dar gracias a todas las personas que han puesto esfuerzo y dedicación en esta tarea, como no rogar a Dios les bendiga y recompense sus esfuerzos.

Comprometamos, una vez más, la oración de los unos por los otros, y disfrutemos la posibilidad de hacer este pequeño gran ejercicio de fraternidad e intercambio de bienes, que, en sí mismo se hace escuela de misión.

Rogamos a Jesús, el Misionero del Padre, que en medio de tantas incertidumbres y dolores que transitamos en este tiempo podamos alcanzar el objetivo de nuestro servicio, mantener encendido el ardor misionero de todos los bautizados.

¡Gracias! Y Buena tarea!!

P. Leonardo Rodriguez

Dir. Nacional OMP Uruguay

Coordinador Continental OMP América



**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2021**

**MESSAGE DU SAINT-PÈRE FRANÇOIS
POUR LA JOURNÉE MONDIALE DES MISSIONS 2021**

**MESSAGE OF HIS HOLINESS POPE FRANCIS
FOR WORLD MISSION DAY 2021**

**MENSAGEM DE SUA SANTIDADE
O PAPA FRANCISCO
PARA O DIA MUNDIAL DAS MISSÕES DE 2021**

«No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20)

« Il nous est impossible de nous taire sur ce que nous avons vu et entendu » (Ac 4, 20)

“We cannot but speak about what we have seen and heard” (Acts 4:20)

«Não podemos deixar de afirmar o que vimos e ouvimos» (At 4, 20)

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2021**

«No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20)

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando experimentamos la fuerza del amor de Dios, cuando reconocemos su presencia de Padre en nuestra vida personal y comunitaria, no podemos dejar de anunciar y compartir lo que *hemos visto y oído*. La relación de Jesús con sus discípulos, su humanidad que se nos revela en el misterio de la encarnación, en su Evangelio y en su Pascua nos hacen ver hasta qué punto Dios ama nuestra humanidad y hace suyos nuestros gozos y sufrimientos, nuestros deseos y nuestras angustias (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22). Todo en Cristo nos recuerda que el mundo en el que vivimos y su necesidad de redención no le es ajena y nos convoca también a sentirnos parte activa de esta misión: «Salgan al cruce de los caminos e inviten a todos los que encuentren» (Mt 22,9). Nadie es ajeno, nadie puede sentirse extraño o lejano a este amor de compasión.

La experiencia de los apóstoles

La historia de la evangelización comienza con una búsqueda apasionada del Señor que llama y quiere entablar con cada persona, allí donde se encuentra, un diálogo de amistad (cf. Jn 15,12-17). Los apóstoles son los primeros en dar cuenta de eso, hasta recuerdan el día y la hora en que fueron encontrados: «Era alrededor de las cuatro de la tarde» (Jn 1,39). La amistad con el Señor, verlo curar a los enfermos, comer con los pecadores, alimentar a los hambrientos, acercarse a los excluidos, tocar a los impuros, identificarse con los necesitados, invitar a las bienaventuranzas, enseñar de una manera nueva y llena de autoridad, deja una huella imborrable, capaz de suscitar el asombro, y una alegría expansiva y gratuita que no se puede contener. Como decía el profeta Jeremías, esta experiencia es el fuego ardiente de su presencia activa en nuestro corazón que nos impulsa a la misión, aunque a veces comporte sacrificios e incomprensiones (cf. 20,7-9). El amor siempre está en movimiento y nos pone en movimiento para compartir el anuncio más hermoso y esperanzador: «Hemos encontrado al Mesías» (Jn 1,41).

Con Jesús hemos visto, oído y palpado que las cosas pueden ser diferentes. Él inauguró, ya para hoy, los tiempos por venir recordándonos una característica esencial de nuestro ser humanos, tantas veces olvidada: «Hemos sido hechos para la plenitud que sólo se alcanza en el amor» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 68). Tiempos nuevos que suscitan una fe capaz de impulsar iniciativas y forjar comunidades a partir de hombres y mujeres que aprenden a hacerse cargo de la fragilidad propia y la de los demás, promoviendo la fraternidad y la amistad social (cf. *ibíd.*, 67). La comunidad eclesial muestra su belleza cada vez que recuerda con gratitud que el Señor nos amó primero (cf. 1 Jn 4,19). Esa «predilección amorosa del Señor nos sorprende, y el asombro —por su propia naturaleza— no podemos poseerlo por nosotros mismos ni imponerlo. [...] Sólo así puede florecer el milagro de la gratuidad, el don gratuito de sí. Tampoco el fervor

misionero puede obtenerse como consecuencia de un razonamiento o de un cálculo. Ponerse en “estado de misión” es un efecto del agradecimiento» (*Mensaje a las Obras Misionales Pontificias*, 21 mayo 2020).

Sin embargo, los tiempos no eran fáciles; los primeros cristianos comenzaron su vida de fe en un ambiente hostil y complicado. Historias de postergaciones y encierros se cruzaban con resistencias internas y externas que parecían contradecir y hasta negar lo que habían visto y oído; pero eso, lejos de ser una dificultad u obstáculo que los llevara a replegarse o ensimismarse, los impulsó a transformar todos los inconvenientes, contradicciones y dificultades en una oportunidad para la misión. Los límites e impedimentos se volvieron también un lugar privilegiado para ungir todo y a todos con el Espíritu del Señor. Nada ni nadie podía quedar ajeno a ese anuncio liberador.

Tenemos el testimonio vivo de todo esto en los *Hechos de los Apóstoles*, libro de cabecera de los discípulos misioneros. Es el libro que recoge cómo el perfume del Evangelio fue calando a su paso y suscitando la alegría que sólo el Espíritu nos puede regalar. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos enseña a vivir las pruebas abrazándonos a Cristo, para madurar la «convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos» y la certeza de que «quien se ofrece y entrega a Dios por amor seguramente será fecundo» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 279).

Así también nosotros: tampoco es fácil el momento actual de nuestra historia. La situación de la pandemia evidenció y amplificó el dolor, la soledad, la pobreza y las injusticias que ya tantos padecían y puso al descubierto nuestras falsas seguridades y las fragmentaciones y polarizaciones que silenciosamente nos laceran. Los más frágiles y vulnerables experimentaron aún más su vulnerabilidad y fragilidad. Hemos experimentado el desánimo, el desencanto, el cansancio, y hasta la amargura conformista y desesperanzadora pudo apoderarse de nuestras miradas. Pero nosotros «no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesús como Cristo y Señor, pues no somos más que servidores de ustedes por causa de Jesús» (2 Co 4,5). Por eso sentimos resonar en nuestras comunidades y hogares la Palabra de vida que se hace eco en nuestros corazones y nos dice: «No está aquí: ¡ha resucitado!» (Lc 24,6); Palabra de esperanza que rompe todo determinismo y, para aquellos que se dejan tocar, regala la libertad y la audacia necesarias para ponerse de pie y buscar creativamente todas las maneras posibles de vivir la compasión, ese “sacramental” de la cercanía de Dios con nosotros que no abandona a nadie al borde del camino. En este tiempo de pandemia, ante la tentación de enmascarar y justificar la indiferencia y la apatía en nombre del sano distanciamiento social, urge *la misión de la compasión* capaz de hacer de la necesaria distancia un lugar de encuentro, de cuidado y de promoción. «Lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20), la misericordia con la que hemos sido tratados, se transforma en el punto de referencia y de credibilidad que nos permite recuperar la pasión compartida por crear «una comunidad de pertenencia y solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 36). Es su Palabra la que cotidianamente nos redime y nos salva de las excusas que llevan a encerrarnos en el más vil de los escepticismos: “todo da igual, nada va a cambiar”. Y frente a la pregunta: “¿para qué me voy a privar de mis seguridades, comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importante?”, la respuesta permanece siempre la misma: «Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder. Jesucristo verdaderamente vive» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 275) y nos quiere también vivos, fraternos y

capaces de hospedar y compartir esta esperanza. En el contexto actual urgen misioneros de esperanza que, ungidos por el Señor, sean capaces de recordar proféticamente que nadie se salva por sí solo.

Al igual que los apóstoles y los primeros cristianos, también nosotros decimos con todas nuestras fuerzas: «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (*Hch* 4,20). Todo lo que hemos recibido, todo lo que el Señor nos ha ido concediendo, nos lo ha regalado para que lo pongamos en juego y se lo regalemos gratuitamente a los demás. Como los apóstoles que han visto, oído y tocado la salvación de Jesús (cf. *1 Jn* 1,1-4), así nosotros hoy podemos palpar la carne sufriente y gloriosa de Cristo en la historia de cada día y animarnos a compartir con todos un destino de esperanza, esa nota indiscutible que nace de sabernos acompañados por el Señor. Los cristianos no podemos reservar al Señor para nosotros mismos: la misión evangelizadora de la Iglesia expresa su implicación total y pública en la transformación del mundo y en la custodia de la creación.

Una invitación a cada uno de nosotros

El lema de la Jornada Mundial de las Misiones de este año, «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (*Hch* 4,20), es una invitación a cada uno de nosotros a “hacernos cargo” y dar a conocer aquello que tenemos en el corazón. Esta misión es y ha sido siempre la identidad de la Iglesia: «Ella existe para evangelizar» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 14). Nuestra vida de fe se debilita, pierde profecía y capacidad de asombro y gratitud en el aislamiento personal o encerrándose en pequeños grupos; por su propia dinámica exige una creciente apertura capaz de llegar y abrazar a todos. Los primeros cristianos, lejos de ser seducidos para recluirse en una élite, fueron atraídos por el Señor y por la vida nueva que ofrecía para ir entre las gentes y testimoniar lo que habían visto y oído: el Reino de Dios está cerca. Lo hicieron con la generosidad, la gratitud y la nobleza propias de aquellos que siembran sabiendo que otros comerán el fruto de su entrega y sacrificio. Por eso me gusta pensar que «aun los más débiles, limitados y heridos pueden ser misioneros a su manera, porque siempre hay que permitir que el bien se comunique, aunque conviva con muchas fragilidades» (Exhort. ap. postsin. *Christus vivit*, 239).

En la Jornada Mundial de las Misiones, que se celebra cada año el penúltimo domingo de octubre, recordamos agradecidamente a todas esas personas que, con su testimonio de vida, nos ayudan a renovar nuestro compromiso bautismal de ser apóstoles generosos y alegres del Evangelio. Recordamos especialmente a quienes fueron capaces de ponerse en camino, dejar su tierra y sus hogares para que el Evangelio pueda alcanzar sin demoras y sin miedos esos rincones de pueblos y ciudades donde tantas vidas se encuentran sedientas de bendición.

Contemplar su testimonio misionero nos anima a ser valientes y a pedir con insistencia «al dueño que envíe trabajadores para su cosecha» (*Lc* 10,2), porque somos conscientes de que la vocación a la misión no es algo del pasado o un recuerdo romántico de otros tiempos. Hoy, Jesús necesita corazones que sean capaces de vivir su vocación como una verdadera historia de amor, que les haga salir a las periferias del mundo y convertirse en mensajeros e instrumentos de compasión. Y es un llamado que Él nos hace a todos, aunque no de la misma manera. Recordemos que hay periferias que están cerca de nosotros, en el centro de una ciudad, o en la propia familia. También hay un aspecto de

la apertura universal del amor que no es geográfico sino existencial. Siempre, pero especialmente en estos tiempos de pandemia es importante ampliar la capacidad cotidiana de ensanchar nuestros círculos, de llegar a aquellos que espontáneamente no los sentiríamos parte de “mi mundo de intereses”, aunque estén cerca nuestro (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 97). Vivir la misión es aventurarse a desarrollar los mismos sentimientos de Cristo Jesús y creer con Él que quien está a mi lado es también mi hermano y mi hermana. Que su amor de compasión despierte también nuestro corazón y nos vuelva a todos discípulos misioneros.

Que María, la primera discípula misionera, haga crecer en todos los bautizados el deseo de ser sal y luz en nuestras tierras (cf. *Mt* 5,13-14).

Roma, San Juan de Letrán, 6 de enero de 2021, Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Francisco

**MESSAGE DU SAINT-PÈRE FRANÇOIS
POUR LA JOURNÉE MONDIALE DES MISSIONS 2021**

**« Il nous est impossible de nous taire sur ce que nous avons vu et entendu
» (Ac 4, 20)**

Chers frères et sœurs,

Quand nous expérimentons la force de l'amour de Dieu, quand nous reconnaissons sa présence de Père dans notre vie personnelle et communautaire, il nous est impossible de ne pas annoncer et partager ce que *nous avons vu et entendu*. La relation de Jésus avec ses disciples, son humanité qui se révèle à nous dans le mystère de l'incarnation, dans son Évangile et dans sa Pâque nous font voir jusqu'à quel point Dieu aime notre humanité et fait siennes nos joies et nos souffrances, nos désirs et nos angoisses (cf. Conc. œcum. Vat. II, Const.past. *Gaudium et spes*, n. 22). Tout dans le Christ nous rappelle que le monde dans lequel nous vivons et son besoin de rédemption ne lui sont pas étrangers et nous invite également à nous sentir partie active de cette mission : « Allez donc aux croisées des chemins : tous ceux que vous trouverez, invitez-les » (*Mt* 22, 9) ; personne n'est étranger, personne ne peut se sentir étranger ou éloigné de cet amour de compassion.

L'expérience des apôtres

L'histoire de l'évangélisation commence par une recherche passionnée du Seigneur qui appelle et veut engager avec chaque personne, là où elle se trouve, un dialogue d'amitié (cf. *Jn* 15, 12-17). Les Apôtres sont les premiers à nous rapporter cela, se rappelant même le jour et l'heure où ils le rencontrèrent : « C'était vers quatre heures de l'après-midi » (*Jn* 1, 39). L'amitié avec le Seigneur, le voir guérir les malades, manger avec les pécheurs, nourrir les affamés, s'approcher des exclus, toucher les personnes impures, s'identifier aux nécessiteux, inviter aux béatitudes, enseigner d'une manière nouvelle et pleine d'autorité, laisse une empreinte indélébile capable de susciter l'étonnement et une joie expansive et gratuite qui ne peut être contenue. Comme le disait le prophète Jérémie, cette expérience est le feu ardent de sa présence active dans notre cœur qui nous pousse à la mission, même si elle comporte parfois des sacrifices et des incompréhensions (cf. 20, 7-9). L'amour est toujours en mouvement et nous met en mouvement pour partager l'annonce la plus belle, source d'espérance : « Nous avons trouvé le Messie » (*Jn* 1, 41).

Avec Jésus, nous avons vu, entendu et senti que les choses peuvent être différentes. Il a inauguré, déjà aujourd'hui, les temps à venir en nous rappelant une caractéristique essentielle de notre nature humaine, si souvent oubliée : « nous avons été faits pour la plénitude qui n'est atteinte que dans l'amour » (cf. Lettre enc. *Fratelli tutti*, n. 68). Des temps nouveaux qui suscitent une foi capable de promouvoir des initiatives et de forger des communautés à partir d'hommes et de femmes qui apprennent à prendre en charge leur propre fragilité et celle des autres, en promouvant la fraternité et l'amitié sociale (cf. *ibid.*, n. 67). La communauté ecclésiale montre sa beauté chaque fois qu'elle rappelle

avec gratitude que le Seigneur nous a aimé le premier (cf. *Jn* 4,19). Cette «prédilection aimante du Seigneur nous surprend et l'émerveillement, de par sa nature, ne peut pas être possédé ou imposé par nous. [...] Ce n'est que de cette manière que le miracle de la gratuité, du don gratuit de soi-même, peut s'accomplir. Même la ferveur missionnaire ne peut jamais être obtenue à la suite d'un raisonnement ou d'un calcul. Le fait de se mettre "en état de mission" est un reflet de la gratitude » (*Message aux Œuvres Pontificales Missionnaires*, 21 mai 2020).

Cependant, les temps n'ont pas toujours été faciles ; les premiers chrétiens ont commencé leur vie de foi dans un environnement hostile et difficile. Des histoires de marginalisation et de captivité s'entremêlaient avec des résistances internes et externes qui paraissaient contredire et même nier ce qu'ils avaient vu et entendu ; mais cela, loin d'être une difficulté ou un obstacle qui les aurait porté à se replier ou à se renfermer sur eux-mêmes, les a poussés à transformer tout désagrément, contrariété et difficulté en opportunité pour la mission. Les limites et les obstacles devinrent eux aussi un lieu privilégié pour oindre toute chose et chacun avec l'Esprit du Seigneur. Rien ni personne ne pouvait rester étranger à l'annonce libératrice.

Nous avons le témoignage vivant de tout cela dans les *Actes des Apôtres*, livre que les disciples missionnaires tiennent toujours à portée de main. C'est le livre qui raconte comment le parfum de l'Évangile s'est répandu sur son passage, suscitant la joie que seul l'Esprit peut nous offrir. Le livre des Actes des Apôtres nous enseigne à vivre les épreuves en nous attachant au Christ, afin de mûrir la « conviction que Dieu peut agir en toutes circonstances, même au milieu des échecs apparents » et la certitude que « celui qui se donne et s'en remet à Dieu par amour sera certainement fécond » (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, n. 279).

Ainsi, pour nous aussi : le moment actuel de notre histoire n'est pas facile non plus. La pandémie a mis en évidence et amplifié la douleur, la solitude, la pauvreté et les injustices dont tant de personnes souffraient déjà, et a démasqué nos fausses sécurités et les divisions et polarisations qui nous déchirent silencieusement. Les plus fragiles et les plus vulnérables ont expérimenté encore plus leur vulnérabilité et leur fragilité. Nous avons vécu le découragement, le désenchantement, la fatigue ; et même l'amertume conformiste qui ôte l'espérance a pu s'emparer de nos regards. Mais nous, « ce que nous proclamons, ce n'est pas nous-mêmes ; c'est ceci : Jésus Christ est le Seigneur ; et nous sommes vos serviteurs, à cause de Jésus » (cf. *2 Co* 4, 5). C'est pourquoi nous entendons résonner dans nos communautés et dans nos familles la Parole de vie qui retentit dans nos cœurs et nous dit : « Il n'est pas ici, il est ressuscité » (*Lc* 24, 6) ; Parole d'espérance qui rompt tout déterminisme et, à ceux qui se laissent toucher, donne la liberté et l'audace nécessaires pour se tenir debout et chercher de façon créative toutes les manières possibles de vivre la compassion, ce "sacramental" de la proximité de Dieu avec nous qui n'abandonne personne au bord du chemin. En ce temps de pandémie, face à la tentation de masquer et de justifier l'indifférence et l'apathie au nom d'une saine distanciation sociale, *la mission de la compassion*, capable de faire de la distance nécessaire un lieu de rencontre, de soin et de promotion, est urgente. « Ce que nous avons vu et entendu » (*Ac* 4, 20), la miséricorde avec laquelle nous avons été traités, se transforme en un point de référence et de crédibilité qui nous permet de retrouver la passion partagée pour créer « une communauté d'appartenance et de solidarité à laquelle nous consacrerons du temps, des efforts et des biens » (Lettre enc. *Fratelli tutti*, n. 36). C'est sa Parole qui nous rachète quotidiennement et nous sauve des

excuses qui nous conduisent à nous enfermer dans le plus vil des scepticismes : “peu importe, rien ne changera”. Et face à la question : “pourquoi vais-je me priver de mes sécurités, de mon confort et de mes plaisirs si je ne peux voir aucun résultat important ?” ; la réponse reste toujours la même : « Jésus Christ a vaincu le péché et la mort et il est plein de puissance. Jésus Christ vit vraiment » (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, n. 275) et il nous veut aussi vivants, fraternels et capables d’accueillir et de partager cette espérance. Dans le contexte actuel, il y a un besoin urgent de missionnaires d’espérance qui, oints par le Seigneur, soient capables de rappeler prophétiquement que personne ne se sauve tout seul.

Comme les Apôtres et les premiers chrétiens, nous disons nous aussi de toutes nos forces : « Il nous est impossible de nous taire sur ce que nous avons vu et entendu » (Ac 4, 20). Tout ce que nous avons reçu, tout ce que le Seigneur nous a accordé au fur et à mesure, il nous l’a donné pour que nous le mettions en jeu et le donnions gratuitement aux autres. Comme les Apôtres qui ont vu, entendu et touché le salut de Jésus (cf. *1 Jn* 1, 1-4), ainsi nous pouvons aujourd’hui toucher la chair souffrante et joyeuse du Christ dans l’histoire de chaque jour et nous encourager à partager avec tous un destin d’espérance, cette caractéristique indubitable qui naît du fait de nous savoir accompagnés par le Seigneur. Comme chrétiens nous ne pouvons pas garder le Seigneur pour nous-mêmes : la mission évangélisatrice de l’Église exprime sa valeur complète et publique dans la transformation du monde et dans la sauvegarde de la création.

Une invitation à chacun de nous

Le thème de la Journée Mondiale des Missions de cette année, « Il nous est impossible de nous taire sur ce que nous avons vu et entendu » (Ac 4, 20), est une invitation à chacun d’entre nous à "assumer cette charge" et à faire connaître ce que nous avons dans le cœur. Cette mission est et a toujours été l’identité de l’Église : « Elle existe pour évangéliser » (S. Paul VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, n. 14). Notre vie de foi s’affaiblit, perd prophétie et capacité d’émerveillement et de gratitude dans l’isolement personnel ou en s’enfermant en petits groupes. Par sa propre dynamique, elle exige une ouverture croissante capable d’atteindre et d’embrasser tout le monde. Les premiers chrétiens, loin de céder à la tentation de s’enfermer dans une élite, ont été attirés par le Seigneur et par la vie nouvelle qu’il offrait pour aller parmi les nations et témoigner de ce qu’ils avaient vu et entendu : le Règne de Dieu est tout proche. Ils l’ont fait avec la générosité, la gratitude et la noblesse de ceux qui sèment en sachant que d’autres mangeront le fruit de leur engagement et de leur sacrifice. C’est pourquoi j’aime penser que « même les plus fragiles, les plus limités et les plus blessés peuvent être [missionnaires] à leur manière, parce qu’il faut toujours laisser le bien se communiquer, même s’il coexiste avec de nombreuses fragilités » (Exhort. ap. postsin. *Chritus vivit*, n. 239).

En la Journée Mondiale des Missions, qui se célèbre chaque année le avant dernier dimanche d’octobre, nous nous souvenons avec reconnaissance de toutes les personnes dont le témoignage de vie nous aide à renouveler notre engagement baptismal à être des apôtres généreux et joyeux de l’Évangile. Nous nous souvenons en particulier de ceux qui ont été capables de se mettre en chemin, de quitter leur terre et leur famille pour que l’Évangile puisse atteindre sans délai et sans crainte les peuples et les villes les plus éloignés où tant de vies sont assoiffées de bénédiction.

Contempler leur témoignage missionnaire nous encourage à être courageux et à prier avec insistance le « maître de la moisson d'envoyer des ouvriers pour sa moisson » (Lc 10, 2). En effet nous sommes conscients que la vocation à la mission n'est pas quelque chose du passé ou un souvenir romantique d'autrefois. Aujourd'hui, Jésus a besoin de cœurs capables de vivre leur vocation comme une véritable histoire d'amour, qui les fasse sortir aux périphéries du monde et devenir des messagers et des instruments de compassion. Et c'est un appel qu'il adresse à tous, même si ce n'est pas de la même manière. Rappelons-nous qu'il y a des périphéries qui sont proches de nous, au centre d'une ville, ou dans sa propre famille. Il y a aussi un aspect d'ouverture universelle de l'amour qui n'est pas géographique mais existentiel. Toujours, mais spécialement en ces temps de pandémie, il est important de développer la capacité quotidienne d'élargir notre cercle, d'atteindre ceux qui spontanément nous ne sentirions pas comme faisant partie de "nos centre d'intérêts", même s'ils sont proches de nous. (cf. Lettre enc. *Fratelli tutti*, n. 97). Vivre la mission, c'est s'aventurer à développer les sentiments mêmes du Christ Jésus et croire avec lui que celui qui est à mes côtés est aussi mon frère et ma sœur. Que son amour de compassion réveille aussi notre cœur et nous rende tous disciples missionnaires.

Que Marie, la première disciple missionnaire, fasse croître chez tous les baptisés le désir d'être sel et lumière sur nos terres (cf. Mt 5, 13-14).

Saint Jean de Latran, 6 janvier 2021, Solennité de l'Épiphanie du Seigneur.

François

**MESSAGE OF HIS HOLINESS POPE FRANCIS
FOR WORLD MISSION DAY 2021**

“We cannot but speak about what we have seen and heard” (Acts 4:20)

Dear Brothers and Sisters,

Once we experience the power of God’s love, and recognize his fatherly presence in our personal and community life, we cannot help but proclaim and share *what we have seen and heard*. Jesus’ relationship with his disciples and his humanity, as revealed to us in the mystery of his Incarnation, Gospel and Paschal Mystery, shows us the extent to which God loves our humanity and makes his own our joys and sufferings, our hopes and our concerns (cf. *Gaudium et Spes*, 22). Everything about Christ reminds us that he knows well our world and its need for redemption, and calls us to become actively engaged in this mission: “Go therefore to the highways and byways, and invite everyone you find” (*Mt 22:9*). No one is excluded, no one need feel distant or removed from this compassionate love.

The experience of the Apostles

The history of evangelization began with the Lord’s own passionate desire to call and enter into friendly dialogue with everyone, just as they are (cf. *Jn 15:12-17*). The Apostles are the first to tell us this; they remembered even the day and the hour when they first met him: “It was about four o’clock in the afternoon” (*Jn 1:39*). Experiencing the Lord’s friendship, watching him cure the sick, dine with sinners, feed the hungry, draw near to the outcast, touch the unclean, identify with the needy, propose the Beatitudes and teach in a new and authoritative way, left an indelible mark on them, awakening amazement, expansive joy and a profound sense of gratitude. The prophet Jeremiah describes this experience as one of a consuming awareness of the Lord’s active presence in our heart, impelling us to mission, regardless of the sacrifices and misunderstandings it may entail (cf. *20:7-9*). Love is always on the move, and inspires us to share a wonderful and hope-filled message: “We have found the Messiah” (*Jn 1:41*).

With Jesus, we too have seen, heard and experienced that things can be different. Even now, he has inaugurated future times, reminding us of an often forgotten dimension of our humanity, namely, that “we were created for a fulfilment that can only be found in love” (*Fratelli Tutti*, 68). A future that awakens a faith capable of inspiring new initiatives and shaping communities of men and women who, by learning to accept their own frailty and that of others, promote fraternity and social friendship (cf. *ibid.*, 67). The ecclesial community reveals its splendour whenever it recalls with gratitude that the Lord loved us first (cf. *1 Jn 4:19*). “The loving predilection of the Lord surprises us, and surprise by its very nature cannot be owned or imposed by us... Only in this way can the miracle of gratuitousness, the gratuitous gift of self, blossom. Nor can missionary fervour ever be obtained as a result of reasoning or calculation. To be ‘in a state of

mission' is a reflection of gratitude" (*Message to the Pontifical Mission Societies*, 21 May 2020).

Even so, things were not always easy. The first Christians began the life of faith amid hostility and hardship. Experiences of marginalization and imprisonment combined with internal and external struggles that seemed to contradict and even negate what they had seen and heard. Yet, rather than a difficulty or an obstacle leading them to step back or close in on themselves, those experiences impelled them to turn problems, conflicts and difficulties into opportunities for mission. Limitations and obstacles became a privileged occasion for anointing everything and everyone with the Spirit of the Lord. Nothing and no one was to be excluded from the message of liberation.

We have a vivid testimony to all this in the Acts of the Apostles, a book which missionary disciples always have within easy reach. There we read how the fragrance of the Gospel spread as it was preached, awakening the joy that the Spirit alone can bestow. The Book of Acts teaches us to endure hardship by clinging firmly to Christ, in order to grow in the "conviction that God is able to act in any circumstance, even amid apparent setbacks" and in the certainty that "all those who entrust themselves to God will bear good fruit" (*Evangelii Gaudium*, 279).

The same holds true for us: our own times are not easy. The pandemic has brought to the fore and amplified the pain, the solitude, the poverty and the injustices experienced by so many people. It has unmasked our false sense of security and revealed the brokenness and polarization quietly growing in our midst. Those who are most frail and vulnerable have come to feel even more so. We have experienced discouragement, disillusionment and fatigue; nor have we been immune from a growing negativity that stifles hope. For our part, however, "we do not proclaim ourselves, but Jesus Christ as Lord and ourselves as your slaves for Jesus' sake" (2 *Cor* 4:5). As a result, in our communities and in our families, we can hear the powerful message of life that echoes in our hearts and proclaims: "He is not here, but has risen (*Lk* 24:6)! This message of hope shatters every form of determinism and, to those who let themselves be touched by it, bestows the freedom and boldness needed to rise up and seek with creativity every possible way to show compassion, the "sacramental" of God's closeness to us, a closeness that abandons no one along the side of the road.

In these days of pandemic, when there is a temptation to disguise and justify indifference and apathy in the name of healthy social distancing, there is urgent need for *the mission of compassion*, which can make that necessary distancing an opportunity for encounter, care and promotion. "What we have seen and heard" (*Acts* 4:20), the mercy we have experienced, can thus become a point of reference and a source of credibility, enabling us to recover a shared passion for building "a community of belonging and solidarity worthy of our time, our energy and our resources (*Fratelli Tutti*, 36). The Lord's word daily rescues and saves us from the excuses that can plunge us into the worst kind of skepticism: "Nothing changes, everything stays the same". To those who wonder why they should give up their security, comforts and pleasures if they can see no important result, our answer will always remain the same: "Jesus Christ has triumphed over sin and death and is now almighty. Jesus Christ is truly alive" (*Evangelii Gaudium*, 275) and wants us to be alive, fraternal, and capable of cherishing and sharing this message of hope. In our present circumstances, there is an urgent need

for missionaries of hope who, anointed by the Lord, can provide a prophetic reminder that no one is saved by himself.

Like the Apostles and the first Christians, we too can say with complete conviction: “We cannot but speak about what we have seen and heard” (*Acts* 4:20). Everything we have received from the Lord is meant to be put to good use and freely shared with others. Just as the Apostles saw, heard and touched the saving power of Jesus (cf. *1 Jn* 1:1-4), we too can daily touch the sorrowful and glorious flesh of Christ. There we can find the courage to share with everyone we meet a destiny of hope, the sure knowledge that the Lord is ever at our side. As Christians, we cannot keep the Lord to ourselves: the Church’s evangelizing mission finds outward fulfilment in the transformation of our world and in the care of creation.

An invitation to each of us

The theme of this year’s World Mission Day – “We cannot but speak about what we have seen and heard” (*Acts* 4:20), is a summons to each of us to “own” and to bring to others what we bear in our hearts. This mission has always been the hallmark of the Church, for “she exists to evangelize” (SAINT PAUL VI, *Evangelii Nuntiandi*, 14). Our life of faith grows weak, loses its prophetic power and its ability to awaken amazement and gratitude when we become isolated and withdraw into little groups. By its very nature, the life of faith calls for a growing openness to embracing everyone, everywhere. The first Christians, far from yielding to the temptation to become an elite group, were inspired by the Lord and his offer of new life to go out among the nations and to bear witness to what they had seen and heard: the good news that the Kingdom of God is at hand. They did so with the generosity, gratitude and nobility typical of those who sow seeds in the knowledge that others will enjoy the fruit of their efforts and sacrifice. I like to think that “even those who are most frail, limited and troubled can be missionaries in their own way, for goodness can always be shared, even if it exists alongside many limitations” (*Christus Vivit*, 239).

On World Mission Day, which we celebrate each year on the penultimate Sunday of October, we recall with gratitude all those men and women who by their testimony of life help us to renew our baptismal commitment to be generous and joyful apostles of the Gospel. Let us remember especially all those who resolutely set out, leaving home and family behind, to bring the Gospel to all those places and people athirst for its saving message.

Contemplating their missionary witness, we are inspired to be courageous ourselves and to beg “the Lord of the harvest to send out labourers into his harvest” (*Lk* 10:2). We know that the call to mission is not a thing of the past, or a romantic leftover from earlier times. Today too Jesus needs hearts capable of experiencing vocation as a true love story that urges them to go forth to the peripheries of our world as messengers and agents of compassion. He addresses this call to everyone, and in different ways. We can think of the peripheries all around us, in the heart of our cities or our own families. Universal openness to love has a dimension that is not geographical but existential. Always, but especially in these times of pandemic, it is important to grow in our daily ability to widen our circle, to reach out to others who, albeit physically close to us, are not immediately part of our “circle of interests” (cf. *Fratelli Tutti*, 97). To be on mission is to be willing to think as Christ does, to believe with him that those around us are also

my brothers and sisters. May his compassionate love touch our hearts and make us all true missionary disciples.

May Mary, the first missionary disciple, increase in all the baptized the desire to be salt and light in our lands (cf. *Mt* 5:13-14).

Rome, Saint John Lateran, 6 January 2021, Solemnity of the Epiphany of the Lord.

Franciscus

**MENSAGEM DE SUA SANTIDADE
O PAPA FRANCISCO
PARA O DIA MUNDIAL DAS MISSÕES DE 2021**

«Não podemos deixar de afirmar o que vimos e ouvimos» (At 4, 20)

Queridos irmãos e irmãs!

Quando experimentamos a força do amor de Deus, quando reconhecemos a sua presença de Pai na nossa vida pessoal e comunitária, não podemos deixar de anunciar e partilhar *o que vimos e ouvimos*. A relação de Jesus com os seus discípulos, a sua humanidade que nos é revelada no mistério da Encarnação, no seu Evangelho e na sua Páscoa mostram-nos até que ponto Deus ama a nossa humanidade e assume as nossas alegrias e sofrimentos, os nossos anseios e angústias (cf. Conc. Ecum. Vat II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22). Tudo, em Cristo, nos lembra que o mundo em que vivemos e a sua necessidade de redenção não Lhe são estranhos e também nos chama a sentirmo-nos parte ativa desta missão: «Ide às saídas dos caminhos e convidai todos quantos encontrardes» (cf. *Mt 22*, 9). Ninguém é estranho, ninguém pode sentir-se estranho ou afastado deste amor de compaixão.

A experiência dos Apóstolos

A história da evangelização tem início com uma busca apaixonada do Senhor, que chama e quer estabelecer com cada pessoa, onde quer que esteja, um diálogo de amizade (cf. *Jo 15*, 12-17). Os Apóstolos são os primeiros que nos referem isso, lembrando inclusive a hora do dia em que O encontraram: «Eram as quatro da tarde» (*Jo 1*, 39). A amizade com o Senhor, vê-Lo curar os doentes, comer com os pecadores, alimentar os famintos, aproximar-Se dos excluídos, tocar os impuros, identificar-Se com os necessitados, fazer apelo às bem-aventuranças, ensinar de maneira nova e cheia de autoridade, deixa uma marca indelével, capaz de suscitar admiração e uma alegria expansiva e gratuita que não se pode conter. Como dizia o profeta Jeremias, esta experiência é o fogo ardente da sua presença ativa no nosso coração que nos impele à missão, mesmo que às vezes implique sacrifícios e incompreensões (cf. *20*, 7-9). O amor está sempre em movimento e põe-nos em movimento, para partilhar o anúncio mais belo e promissor: «Encontramos o Messias» (*Jo 1*, 41).

Com Jesus, vimos, ouvimos e constatamos que as coisas podem mudar. Ele inaugurou – já para os dias de hoje – os tempos futuros, recordando-nos uma característica essencial do nosso ser humano, tantas vezes esquecida: «fomos criados para a plenitude, que só se alcança no amor» (Francisco, Carta enc. *Fratelli tutti*, 68). Tempos novos, que suscitam uma fé capaz de estimular iniciativas e plasmar comunidades a partir de homens e mulheres que aprendem a ocupar-se da fragilidade própria e dos outros (cf. *ibid.*, 67), promovendo a fraternidade e a amizade social. A comunidade eclesial mostra a sua beleza, sempre que se lembra, com gratidão, que o Senhor nos amou primeiro (cf. *1 Jo 4*, 19). Esta «predileção amorosa do Senhor surpreende-nos e gera maravilha; esta, por sua natureza, não pode ser possuída nem imposta por nós. (...) Só assim pode florir o

milagre da gratuidade, do dom gratuito de si mesmo. O próprio ardor missionário nunca se pode obter em consequência dum raciocínio ou dum cálculo. Colocar-se “em estado de missão” é um reflexo da gratidão» (Francisco, *Mensagem às Pontifícias Obras Missionárias*, 21 de maio de 2020).

E, no entanto, os tempos não eram fáceis; os primeiros cristãos começaram a sua vida de fé num ambiente hostil e árduo. Histórias de marginalização e prisão entrelaçavam-se com resistências internas e externas, que pareciam contradizer e até negar o que tinham visto e ouvido; mas isso, em vez de ser uma dificuldade ou um obstáculo que poderia levá-los a retrair-se ou fechar-se em si mesmos, impeliu-os a transformar cada incómodo, contrariedade e dificuldade em oportunidade para a missão. Os próprios limites e impedimentos tornaram-se um lugar privilegiado para ungir, tudo e todos, com o Espírito do Senhor. Nada e ninguém podia permanecer alheio ao anúncio libertador.

Possuímos o testemunho vivo de tudo isto nos *Atos dos Apóstolos*, livro que os discípulos missionários sempre têm à mão. É o livro que mostra como o perfume do Evangelho se difundiu à passagem deles, suscitando aquela alegria que só o Espírito nos pode dar. O livro dos Atos dos Apóstolos ensina-nos a viver as provações unindo-nos a Cristo, para maturar a «convicção de que Deus pode atuar em qualquer circunstância, mesmo no meio de aparentes fracassos», e a certeza de que «a pessoa que se oferece e entrega a Deus por amor, seguramente será fecunda (cf. *Jo 15, 5*)» (Francisco, Exort. ap. *Evangelii gaudium*, 279).

O mesmo se passa connosco: o momento histórico atual também não é fácil. A situação da pandemia evidenciou e aumentou o sofrimento, a solidão, a pobreza e as injustiças de que já tantos padeciam, e desmascarou as nossas falsas seguranças e as fragmentações e polarizações que nos dilaceram silenciosamente. Os mais frágeis e vulneráveis sentiram ainda mais a sua vulnerabilidade e fragilidade. Experimentamos o desânimo, a deceção, o cansaço; e até a amargura conformista, que tira a esperança, se apoderou do nosso olhar. Nós, porém, «não nos pregamos a nós mesmos, mas a Cristo Jesus, o Senhor, e nos consideramos vossos servos por amor de Jesus» (*2 Cor 4, 5*). Por isso ouvimos ressoar nas nossas comunidades e famílias a Palavra de vida que ecoa nos nossos corações dizendo: «Não está aqui; ressuscitou» (*Lc 24, 6*); uma Palavra de esperança, que desfaz qualquer determinismo e, a quantos se deixam tocar por ela, dá a liberdade e a audácia necessárias para se levantar e procurar, criativamente, todas as formas possíveis de viver a compaixão, «sacramental» da proximidade de Deus para connosco que não abandona ninguém na beira da estrada. Neste tempo de pandemia, perante a tentação de mascarar e justificar a indiferença e a apatia em nome dum sadio distanciamento social, é urgente a *missão da compaixão*, capaz de fazer da distância necessária um lugar de encontro, cuidado e promoção. «O que vimos e ouvimos» (*At 4, 20*), a misericórdia com que fomos tratados, transforma-se no ponto de referimento e credibilidade que nos permite recuperar e partilhar a paixão por criar «uma comunidade de pertença e solidariedade, à qual saibamos destinar tempo, esforço e bens» (Francisco, Carta enc. *Fratelli tutti*, 36). É a sua Palavra que diariamente nos redime e salva das desculpas que levam a fechar-nos no mais vil dos ceticismos: «Tanto faz; nada mudará!» Pois, à pergunta «para que hei de privar-me das minhas seguranças, comodidades e prazeres, se não vou ver qualquer resultado importante», a resposta é sempre a mesma: «Jesus Cristo triunfou sobre o pecado e a morte e possui todo o poder. Jesus Cristo vive verdadeiramente» (Francisco, Exort. ap. *Evangelii gaudium*, 275) e, também a nós, nos quer vivos, fraternos e capazes de acolher e partilhar esta esperança.

No contexto atual, há urgente necessidade de missionários de esperança que, ungidos pelo Senhor, sejam capazes de lembrar profeticamente que ninguém se salva sozinho.

Como os apóstolos e os primeiros cristãos, também nós exclamamos com todas as nossas forças: «não podemos deixar de afirmar o que vimos e ouvimos» (At 4, 20). Tudo o que recebemos, tudo aquilo que o Senhor nos tem concedido, ofereceu-no-lo para o pormos a render doando-o gratuitamente aos outros. Como os apóstolos que viram, ouviram e tocaram a salvação de Jesus (cf. *1 Jo* 1, 1-4), também nós, hoje, podemos tocar a carne sofredora e gloriosa de Cristo na história de cada dia e encontrar coragem para partilhar com todos um destino de esperança, esse traço indubitável que provém de saber que estamos acompanhados pelo Senhor. Como cristãos, não podemos reservar o Senhor para nós mesmos: a missão evangelizadora da Igreja exprime a sua valência integral e pública na transformação do mundo e na salvaguarda da criação.

Um convite a cada um de nós

O tema do Dia Mundial das Missões deste ano – «não podemos deixar de afirmar o que vimos e ouvimos» (At 4, 20) – é um convite dirigido a cada um de nós para cuidar e dar a conhecer aquilo que tem no coração. Esta missão é, e sempre foi, a identidade da Igreja: «ela existe para evangelizar» (São Paulo VI, Exort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 14). No isolamento pessoal ou fechando-se em pequenos grupos, a nossa vida de fé esmorece, perde profecia e capacidade de encanto e gratidão; por sua própria dinâmica, exige uma abertura crescente, capaz de alcançar e abraçar a todos. Atraídos pelo Senhor e a vida nova que oferecia, os primeiros cristãos, em vez de cederem à tentação de se fechar numa elite, foram ao encontro dos povos para testemunhar o que viram e ouviram: o Reino de Deus está próximo. Fizeram-no com a generosidade, gratidão e nobreza próprias das pessoas que semeiam, sabendo que outros comerão o fruto da sua dedicação e sacrifício. Por isso apraz-me pensar que «mesmo os mais frágeis, limitados e feridos podem [ser missionários] à sua maneira, porque sempre devemos permitir que o bem seja comunicado, embora coexista com muitas fragilidades» (Francisco, Exort. ap. pós-sinodal *Christus vivit*, 239).

No Dia Mundial das Missões que se celebra anualmente no penúltimo domingo de outubro, recordamos com gratidão todas as pessoas, cujo testemunho de vida nos ajuda a renovar o nosso compromisso batismal de ser apóstolos generosos e jubilosos do Evangelho. Lembramos especialmente aqueles que foram capazes de partir, deixar terra e família para que o Evangelho pudesse atingir sem demora e sem medo aqueles ângulos de aldeias e cidades onde tantas vidas estão sedentas de bênção.

Contemplar o seu testemunho missionário impele-nos a ser corajosos e a pedir, com insistência, «ao dono da messe que mande trabalhadores para a sua messe» (Lc 10, 2), cientes de que a vocação para a missão não é algo do passado nem uma recordação romântica de outrora. Hoje, Jesus precisa de corações que sejam capazes de viver a vocação como uma verdadeira história de amor, que os faça sair para as periferias do mundo e tornar-se mensageiros e instrumentos de compaixão. E esta chamada, fá-la a todos nós, embora não da mesma forma. Lembremo-nos que existem periferias que estão perto de nós, no centro duma cidade ou na própria família. Há também um aspeto da abertura universal do amor que não é geográfico, mas existencial. Sempre, mas especialmente nestes tempos de pandemia, é importante aumentar a capacidade diária de alargar os nossos círculos, chegar àqueles que, espontaneamente, não sentiria como

parte do «meu mundo de interesses», embora estejam perto de nós (cf. Francisco, Carta enc. *Fratelli tutti*, 97). Viver a missão é aventurar-se no cultivo dos mesmos sentimentos de Cristo Jesus e, com Ele, acreditar que a pessoa ao meu lado é também meu irmão, minha irmã. Que o seu amor de compaixão desperte também o nosso e, a todos, nos torne discípulos missionários.

Maria, a primeira discípula missionária, faça crescer em todos os batizados o desejo de ser sal e luz nas nossas terras (cf. *Mt* 5, 13-14).

Roma, em São João de Latrão, na Solenidade da Epifania do Senhor, 6 de janeiro de 2021.

Francisco

Aportes bíblicos y teológicos



Resonancias del Mensaje del Santo Padre Francisco para el Domund 2021.

Hemos recibido del Santo Padre Francisco el mensaje para el Domund 2021 en el marco de la celebración litúrgica de la Epifanía del Señor, el pasado seis de enero del presente año. En su mensaje del Domund de este año el Santo Padre nos invita a volver al “testimonio vivo presente en los Hechos de los Apóstoles, libro de cabecera de los discípulos misioneros”. Al inicio de su mensaje el Santo Padre nos ofrece una entusiasta invitación a que volvamos a la experiencia de los primeros testigos recogida en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Para el Papa, es el libro que resume cómo el perfume del Evangelio fue calando a su paso y suscitando la alegría que sólo el Espíritu nos puede regalar. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos enseña a vivir las pruebas abrazándonos a Cristo, para madurar la «convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos» y la certeza de que «quien se ofrece y entrega a Dios por amor seguramente será fecundo» (EG 279).

El mensaje del Domund que nos regala el Santo Padre este año es de una inmensa riqueza; entretejido con las claves de la teología bíblica, parte de las experiencias recogidas en el dato bíblico, en ellas discierne la acción del Espíritu que sigue también hoy sosteniendo la acción misionera de la Iglesia en los nuevos y actuales contextos.

Estas sencillas resonancias entre otras tantas que suscita el mensaje del Santo Padre pueden ser presentadas en dos actos. En un primer momento los invito a dejarnos instruir por la Palabra de Dios en el texto de Hech 4,1-22 que ha servido de telón de fondo y guía inspiradora al Santo Padre para el mensaje y el lema del Domund y en un segundo momento detenernos sobre algunas resonancias que surgen de la lectura del mensaje del Santo Padre.

1. El texto

La narración que nos presenta Lucas y hemos recién leído puede ser **organizada en cuatro apartados**, no nos detendremos sobre todos ellos, pero nos ayudará a ver en una mirada la dinámica del texto y de los acontecimientos que comunica.

- a. Detención de Pedro y de Juan (4,1-4)
- b. Defensa de los Apóstoles ante el tribunal (4,5-12)
- c. Decisión de los dirigentes judíos (4,13-17)
- d. Advertencia del Sanedrín y testimonio de los apóstoles (4,18-22).

En los primeros versículos del capítulo 4 se narra como Pedro y Juan son llevados, al caer la tarde, antes las autoridades religiosas por haber estado explicando al pueblo como el paralítico había sido curado cerca del templo y por enseñar que en Jesús se ha dado la resurrección de entre los muertos” (4,1-2). Una vez que se ha dado la orden de las autoridades judías Pedro y Juan son arrestados y encarcelados hasta el día siguiente, pues era tarde” (Hech 4,3).

Al día siguiente de la detención las autoridades reunidas en Jerusalén hacen comparecer nuevamente a Pedro y a Juan. El tribunal *ad hoc* constituido no basa su acusación sobre la mención de la resurrección que hicieron ante la multitud admirada por la curación del paralítico (Hech 3,15). Les preocupa más bien el crecimiento del número de los seguidores de los apóstoles que ha aumentado hasta 5.000 hombres (4,4), por eso les preguntan **¿con qué poder o en nombre de quien han hecho eso?**; preguntan qué clase de poder detentan los apóstoles y en nombre de quien han realizado el prodigio.

Las preguntas del Sanedrín dan la oportunidad a Pedro para proclamar que el paralítico ha sido curado por la autoridad de Jesús Nazareno. Los apóstoles no dicen que ellos lo han curado, afirman que el paralítico “ha sido curado”, notemos el uso del llamado pasivo teológico, que certifica que ha sido Dios quien ha sanado al lisiado.

En este sentido, el juicio ante el tribunal posibilita que Pedro anuncie la Buena Nueva ante el Sanedrín, pero también ante todo Israel por ellos representado. **Pedro anuncia el kerigma** en una breve fórmula: “en nombre de Jesucristo nazareno, a quien ustedes crucificaron, y a quien Dios ha resucitado de entre los muertos” (4,10).

Una vez proclamado el kerigma, **Pedro aplica a Jesús la afirmación del Sal 118,22** afirmado que “él es la piedra rechazada por ustedes, los constructores, que ahora se ha convertido en piedra angular” (4,11). Acto seguido Pedro culmina el discurso afirmando categóricamente que sólo a través de Jesús Dios concede la salvación a la humanidad (cf 4,12).

Ante la franqueza del testimonio de Pedro, las máximas autoridades religiosas se quedan asombradas. Y después de deliberar deciden prohibir a los apóstoles “que jamás hablen o enseñen ... en el nombre de Jesús” (4,17-18). Y Pedro les responde con valentía: “**¿les parece justo delante de Dios, que los obedezcamos a ustedes antes que a ÉL?** por nuestra parte no podemos dejar de proclamar lo que hemos visto y oído” (4,19-20), y después de otras amenazas Pedro y Juan son puestos en libertad.

Hasta aquí los acontecimientos.

Claves para la reflexión del texto bíblico.

De la inmensa riqueza de este texto y en orden a que la Palabra de Dios nos ilumine el camino a recorrer para la preparación y realización del Domund 2021 se pueden resaltar muy brevemente tres claves teológicas que este episodio nos puede ofrecer.

a. Anunciar el kerigma a todos y en todo momento

Habría que señalar como para Lucas en los Hechos de los Apóstoles la experiencia cristiana va ganando cada vez más seguidores progresivamente entre los judíos. Después de Pentecostés, se va dilatando el ámbito de la predicación de Pedro. El apóstol predica junto a la casa donde han recibido la efusión del Espíritu Santo, por las calles, luego de la curación del paralítico, el apóstol se dirige a la multitud reunida en el Pórtico de Salomón, en el Templo y en este capítulo 4 Pedro valiéndose de su propio discurso de defensa ante el Sanedrín, anuncia el mensaje cristiano a las más altas autoridades judías. En el transcurso de la narración de los Hechos sabemos que el Evangelio llega a los confines del mundo conocido, por la predicación y las obras que la acompañan.

El número de los que abrazan a Jesús crece en la medida que al anuncio explícito del kerigma lo acompañan los acontecimientos que manifiestan la misericordia de Dios, y los acontecimientos prodigiosos son ocasión para el anuncio explícito de la cercanía del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús.

b. La proclamación explícita de la salvación en el nombre de Jesús

El discurso de Pedro ante el Sanedrín subraya algunos elementos que hasta ahora no habían estado presente en su primer discurso e incluso ausentes en los capítulos anteriores del libro. Entre los elementos nuevos de este discurso podríamos señalar: La referencia a Jesús como

piedra angular (v.11), el énfasis de Jesús como único salvador del mundo (v.12) y la necesidad de obedecer a Dios antes que a los hombres.

Cabe destacar que en el v. 12 aparece por primera vez la palabra salvación (*soteria*). Con este término Lucas quiere significar la liberación del ser humano del mal, ya sea físico, político, natural, moral o escatológico y la restauración del estado de integridad del hombre frente a Dios. Continúa el v.12 diciendo que no hay otro nombre en el mundo que haya sido dado a los hombres por el que podamos salvarnos. El énfasis de esta parte del versículo relaciona la salvación con el nombre de Jesús e insiste en la universalidad de la salvación.

c. No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído

Con mucha probabilidad Pedro se refiere a las apariciones de Cristo Resucitado de las que él y otros apóstoles han sido testigos oculares, así como el mandato misionero que Cristo les había conferido (Lc, 24, 47-48, Hech 1,8). Pero podemos pensar, como lo hace el Santo Padre en sumensaje, que en esta frase se encierra toda la experiencia que Pedro y los apóstoles han tenido de Jesús antes y después de la experiencia pascual. ¡No pueden callar lo que han visto! la experiencia de estar junto a Jesús, de ver sus gestos, sus milagros, de escuchar sus palabras, de compartir la vida y la fe, fueron momentos de un encuentro tan íntimo y transformador que los exhorta a ser fieles a Él. Es la misma experiencia del autor de la primera carta de Juan: *“lo que hemos visto y oído les proclamamos también a ustedes, para que también ustedes tengan comunión con nosotros. En verdad nuestra comunión es con el Padre y con Su Hijo Jesucristo”* (1 Jn 1,3).

2. Resonancias del Mensaje del Domund 2021.

Tal vez lo primero que salta a la vista es la continua invitación del Santo Padre desde el inicio del mensaje a manifestar a otros la dimensión existencial de la fe como el resultado del encuentro vital con Dios y con los hermanos. Es así que inicia diciendo: *“Cuando experimentamos la fuerza del amor de Dios, cuando reconocemos su presencia de Padre en nuestra vida personal y comunitaria, no podemos dejar de anunciar y compartir lo que hemos visto y oído”*. Es decir, el Santo Padre vuelve sobre la idea que la fe es misionera o se reduce solo a un intimismo estéril y autorreferencial. El texto está tejido sobre el testimonio de los apóstoles a quienes se presentan como testigos y maestros de la obra misionera de la Iglesia. El Papa resalta el modo como los apóstoles vencen las dificultades de su momento: *“Historias de postergaciones y encierros se cruzaban con resistencias internas y externas que parecían contradecir y hasta negar lo que habían visto y oído; pero eso, lejos de ser una dificultad u obstáculo que los llevara a replegarse o ensimismarse, los impulsó a transformar todos los inconvenientes, contradicciones y dificultades en una oportunidad para la misión”*. De la fidelidad, la audacia y la parresía apostólica el Santo Padre toma inspiración para animarnos a contextualizar en nuestros días la praxis y las opciones de los misioneros de la primera hora.

a. La misión en tiempos de Pandemia.

El Santo Padre como buen pastor de la Iglesia y de la humanidad nos ha acompañado a todos en este tránsito por la Pandemia del Covid 19. En el mensaje del Domund de este año nos recuerda el difícil momento que atravesamos: *“La situación de la pandemia evidenció y amplificó el dolor, la soledad, la pobreza y las injusticias que ya tantos padecían y puso al descubierto nuestras falsas seguridades y las fragmentaciones y polarizaciones que silenciosamente nos laceran”*.

Nos recuerda Francisco que también nosotros *“Hemos experimentado el desánimo, el desencanto, el cansancio, y hasta la amargura conformista y desesperanzadora pudo apoderarse de nuestras miradas. Sin embargo, nos recuerda que no nos predicamos a nosotros mismos sino a Cristo Resucitado y es su fuerza la que nos empuja y anima a buscar respuestas creativas capaces de vencer la indiferencia que construyan una vida digna para todos”*. El Papa nos recuerda que el Señor *“nos quiere también vivos, fraternos y capaces de hospedar y compartir esta esperanza. En el contexto actual urgen misioneros de esperanza que, ungidos por el Señor, sean capaces de recordar proféticamente que nadie se salva por sí solo”*.

b. La misión del encuentro y la compasión

Para el Santo Padre la misión brota de la experiencia de Dios y de la amistad con Él, que el discípulo misionero ha cultivado y vive. El primer movimiento misionero es el del amor, más que el de las ideas y doctrinas. Francisco nos exhorta continuamente a atraer a otros al amor de Dios a través de nuestras obras de misericordia, de modo que sean éstas un cauce para que la cercanía salvífica de Dios pueda ser experimentada. Es así que afirma en el mensaje: *“En este tiempo de pandemia, ante la tentación de enmascarar y justificar la indiferencia y la apatía en nombre del sano distanciamiento social, urge la misión de la compasión capaz de hacer de la necesaria distancia un lugar de encuentro, de cuidado y de promoción. «Lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20), la misericordia con la que hemos sido tratados, se transforma en el punto de referencia y de credibilidad que nos permite recuperar la pasión compartida por crear «una comunidad de pertenencia y solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes» (FT, 36)”*.

Tiempos nuevos que suscitan una fe capaz de impulsar iniciativas y forjar comunidades a partir de hombres y mujeres que aprenden a hacerse cargo de la fragilidad propia y la de los demás, promoviendo la fraternidad y la amistad social (FT, 67).

c. La misión para la transformación del mundo y la custodia de la creación.

Algunas de las ideas del Magisterio Social del Papa Francisco expresado en *Laudato Si'* (2015), *Querida Amazonia* (2019) y últimamente en su Encíclica *Fratelli Tutti* (2020) están presentes en el mensaje del Domund del Santo Padre de este año y se expresan como nuevos ámbitos de la misión. En este sentido afirma, por ejemplo: *“la misión evangelizadora de la Iglesia expresa su implicación total y pública en la transformación del mundo y en la custodia de la creación”*. Para Francisco el kerigma *“tiene un contenido ineludiblemente social”* de modo que *“en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros”*. En la EG afirma: *“Una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de*

nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos (EG 183)”.

d. La misión del diálogo y del testimonio desde y hacia las periferias.

Hacia el final de su mensaje el Santo Padre nos exhorta a “no dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20), es una invitación a cada uno de nosotros a “hacernos cargo” y dar a conocer aquello que tenemos en el corazón.

“Hoy, Jesús necesita corazones que sean capaces de vivir su vocación como una verdadera historia de amor, que les haga salir a las periferias del mundo y convertirse en mensajeros e instrumentos de compasión. Y es un llamado que Él nos hace a todos, aunque no de la misma manera. Recordemos que hay periferias que están cerca de nosotros, en el centro de una ciudad, o en la propia familia. También hay un aspecto de la apertura universal del amor que no es geográfico sino existencial”.

Para Francisco “Vivir la misión es aventurarse a desarrollar los mismos sentimientos de Cristo Jesús y creer con Él que quien está a mi lado es también mi hermano y mi hermana”. “Que su amor de compasión – escribe el Papa al final de su mensaje – despierte también nuestro corazón y nos vuelva a todos discípulos misioneros”.

Al leer el mensaje es inevitable la pregunta que debería dirigir nuestras reflexiones en el contexto de la celebración del Domund y nosotros: ¿No podemos hablar de lo que hemos visto y oído?

Ricardo Guillén Dávila

Director Nacional OMP – Venezuela

REFLEXIÓN PARA LOS OBISPOS



Estimados Obispos, les ofrecemos una sencilla reflexión, referida a la corresponsabilidad del Colegio Episcopal y el servicio de las Obras Misionales Pontificias en la Iglesias Particulares.

El carácter misionero de la iglesia.

El inicio de la Iglesia viene marcado por el mandato de anunciar la buena nueva a todas las naciones, de bautizar y enseñar a cumplir todo lo que el Señor ha enseñado. (Cfr. Mt 28, 18-20). Este mandato fue dado a los Apóstoles; los Obispos son los sucesores de los Apóstoles. Por ello, el mandato misionero incumbe de manera especial al episcopado. No se puede negar el carácter misionero de la Iglesia, porque hace parte de su ser. Si la Iglesia deja de ser misionera, deja de ser Iglesia.

La valentía de los apóstoles para anunciar la buena nueva viene de la experiencia personal que tuvieron con Jesús y del Espíritu Santo recibido en pentecostés.

Ellos, los apóstoles, con Pedro al frente, emprenden la evangelización del mundo entero. Sin embargo, es una tarea que debe renovarse constantemente, porque la humanidad entera se va renovando cada generación.

El sucesor de Pedro, el Papa, para facilitar el compromiso misionero de cada jurisdicción y su obispo, pone a disposición las Obras Misionales Pontificias (OMP), que facilitan enormemente el cumplimiento del mandato misionero del Señor Jesús.

Y este año, el Papa Francisco nos recuerda que "no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído".

El ímpetu misionero se hace más efectivo cuando se transmite a los fieles, desde la primera infancia, y todo bautizado asume su parte en la tarea misionera.

Así, la Pontificia Obra de la Santa Infancia (POSI), además de formar en la fe, pone en la conciencia de los niños, la labor misionera.

La Pontificia Obra de la Propagación de la Fe (POSF), que suscita jóvenes misioneros, familias misioneras, enfermos misioneros y otras iniciativas; ofrecen espacios de participación de todos los bautizados en la labor misionera: a través de la oración y la solidaridad de bienes. Otorga a las parroquias un gran dinamismo misionero.

La Pontificia Obra de San Pedro Apóstol (POSA) alienta a todos los bautizados a preocuparse activamente por la formación de los futuros sacerdotes, especialmente en tierras de misión; animan a Seminaristas y Sacerdotes a profundizar el carácter eminentemente misionero de los ministros ordenados.

La Pontificia Unión Misional (PUM) ejerce una cohesión y comunión al poner en marcha el mandato misionero, porque se preocupa de la información y la formación misionera. Así, la labor misionera será más cualificada y efectiva a través del discernimiento en el Espíritu Santo.

Las OMP facilitan la tarea de las direcciones de misiones de cada Conferencia Episcopal y de cada Jurisdicción en particular. Son signo de comunión misionera.

En la actualidad, la contingencia de la pandemia y los cambios sociales, económicos y culturales pusieron en evidencia que los espacios a misionar no son sólo geográficos, sino también existenciales.

Al sueño del Papa de forjar una Iglesia "en salida", los Obispos enfatizan una Iglesia local misionera "ad gentes", 'ad intra', e "inter gentes".

Que el Espíritu Santo siga animando nuestra respuesta a Cristo.

Mons. Waldo Barrionuevo

Obispo Vicariato Reyes

Director Nacional OMP Bolivia

Reflexiones para Sacerdotes



Reflexiones para los sacerdotes en el mes de la misión 2021:

El mensaje del papa Francisco para el domingo misionero 2021, está dirigido a todos los bautizados, allí nos invita a anunciar a Jesús resucitado y a dar testimonio de su amor que nos libera y nos restaura. La Misión nos impulsa a testimoniar nuestro encuentro salvador con Jesucristo, a compartir cómo nos ha tratado con amor y misericordia, y a estar seguros de que lo hará por siempre. La Misión nos hace compartir nuestra experiencia de fe.

« Nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído.» (Hch 4,20)

Pensamientos del papa Francisco acerca del testimonio que espera de los sacerdotes:

1. La Misión de todos : Salir de sí mismos para ir a las periferias existenciales y anunciar la Buena Nueva.

Espero de vosotros, además, lo que pido a todos los miembros de la Iglesia: salir de sí mismos para ir a las periferias existenciales. «Id al mundo entero», fue la última palabra que Jesús dirigió a los suyos, y que sigue dirigiéndonos hoy a todos nosotros (cf. *Mc* 16,15). Hay toda una humanidad que espera: personas que han perdido toda esperanza, familias en dificultad, niños abandonados, jóvenes sin futuro alguno, enfermos y ancianos abandonados, ricos hartos de bienes y con el corazón vacío, hombres y mujeres en busca del sentido de la vida, sedientos de lo divino...

No os repluguéis en vosotros mismos, no dejéis que las pequeñas peleas de casa os asfixien, no quedéis prisioneros de vuestros problemas. Estos se resolverán si vais fuera a ayudar a otros a resolver sus problemas y **anunciar la Buena Nueva. Encontraréis la vida dando la vida, la esperanza dando esperanza, el amor amando.**

Espero de vosotros gestos concretos de acogida a los refugiados, de cercanía a los pobres, de creatividad en la catequesis, en el anuncio del Evangelio, en la iniciación a la vida de oración. http://www.vatican.va/content/francesco/fr/apost_letters/documents/papa-francesco_lettera-ap_20141121_lettera-consacрати.html

2. La alegría de ser sacerdotes : estar con Él, para ir hacia los demás su Palabra, su amor, su perdón, su gracia.

Ante todo quisiera compartir con vosotros *la alegría de ser sacerdotes*. La sorpresa siempre nueva de haber sido llamado, más aún, de ser llamado por el Señor Jesús. Llamado a seguirle, a estar con Él, para ir hacia los demás llevándoles al Señor, su Palabra, su perdón... No hay nada más hermoso para un hombre que esto, ¿verdad? Cuando nosotros, sacerdotes, estamos ante el sagrario, y nos detenemos un momento allí, en silencio, sentimos nuevamente la mirada de Jesús sobre nosotros, y esta mirada nos renueva, nos infunde ánimo...

Cierto, a veces no es fácil permanecer ante el Señor; no es fácil porque estamos ocupados en muchas cosas, con muchas personas...; pero a veces no es fácil porque sentimos una cierta incomodidad, la mirada de Jesús nos inquieta un poco, nos pone también en crisis... Pero esto nos hace bien. En el silencio de la oración Jesús nos hace ver si estamos trabajando como buenos obreros, o bien tal vez nos hemos convertido un poco en «empleados»; si somos «canales» abiertos, generosos a través de los cuales fluye abundante su amor, su gracia, o si en

cambio nos ponemos a nosotros mismos en el centro, y, así, en lugar de ser «canales» nos convertimos en «pantallas» que no ayudan al encuentro con el Señor, con la luz y la fuerza del Evangelio. https://w2.vatican.va/content/francesco/fr/speeches/2014/june/documents/papa-francesco_20140621_visita-pastorale-cassano-sacerdoti.html

3. Como podemos callar la alegría que hemos descubierto.

Se hace uno misionero viviendo como testigo: testimoniando con nuestra vida que conocemos a Jesús. Es la vida la que habla. Testigo es la palabra clave, una palabra que tiene la misma raíz de significado que mártir. Y los mártires son los primeros testigos de la fe: no con palabras, sino con la vida. Saben que la fe no es propaganda o proselitismo, es un respetuoso don de vida. Viven transmitiendo paz y alegría, amando a todos, incluso a los enemigos, por amor a Jesús. Nosotros, que hemos descubierto que somos hijos del Padre celestial, ¿cómo podemos callar la alegría de ser amados, la certeza de ser siempre valiosos a los ojos de Dios? Es el anuncio que tanta gente espera. Y esa es nuestra responsabilidad. Preguntémonos en este mes: ¿cómo es mi testimonio?

Al final de la parábola el Señor llama «bueno y fiel» al que ha sido emprendedor; en cambio, «malvado y holgazán» al siervo que ha estado a la defensiva (cf. vv. 21.23.26). ¿Por qué Dios es tan severo con el siervo que tuvo miedo? ¿Qué mal ha hecho? Su mal es *no haber hecho el bien*, ha pecado de *omisión*. San Alberto Hurtado decía: «Está bien no hacer el mal. Pero es malo no hacer el bien». Este es el pecado de omisión. Y este puede ser el pecado de toda una vida, porque la hemos recibido no para enterrarla, sino para ponerla en juego; no para conservarla, sino para darla. Quien está con Jesús sabe que *se tiene lo que se da*, se posee lo que se entrega; y el secreto para poseer la vida es entregarla. Vivir de omisiones es renegar de nuestra vocación: la *omisión* es contraria a la *misión*.

http://www.vatican.va/content/francesco/fr/homilies/2019/documents/papa-francesco_20191001_omelia-vespri-mesemissionario.html

4. Anunciar a todos

Esta es la misión: subir al monte a rezar por todos y bajar del monte para hacerse don a todos. Subir y bajar: el cristiano, por tanto, está siempre en movimiento, en salida. De hecho, el imperativo de Jesús en el Evangelio es *id*. Todos los días cruzamos a muchas personas, pero — podemos preguntarnos— ¿vamos al encuentro de esas personas? ¿Hacemos nuestra la invitación de Jesús o nos quedamos en nuestros propios asuntos? Todos esperan cosas de los demás, el cristiano *va* hacia los demás. El testigo de Jesús jamás busca ser destinatario de un reconocimiento de los demás, sino que es él quien debe dar amor al que no conoce al Señor. El testigo de Jesús va al encuentro de todos, no sólo de los suyos, de su grupito. Jesús también te dice: “Ve, ¡no pierdas la ocasión de testimoniar!”. Hermano, hermana: El Señor espera de ti ese testimonio que nadie puede dar en tu lugar. «Ojalá puedas reconocer cuál es esa palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida. [...] Así tu preciosa misión no se malogrará» (Exhort. apost. *Gaudete et exsultate*, 24).

¿Qué instrucciones nos da el Señor para ir al encuentro de todos? Una sola, muy sencilla: *haced discípulos*. Pero, atención: discípulos *suyos*, no nuestros. La Iglesia anuncia bien sólo si vive como discípula. Y el discípulo sigue cada día al Maestro y comparte con los demás la alegría del discipulado. No conquistando, obligando, haciendo prosélitos, sino *testimoniando*, poniéndose en el mismo nivel, discípulos con los discípulos, ofreciendo con amor ese amor que hemos recibido. Esta es la misión: dar aire puro, de gran altitud, a quien vive inmerso en la contaminación del mundo; llevar a la tierra esa paz que nos llena de alegría cada vez que encontramos a Jesús en el monte, en la oración; mostrar con la vida e incluso con palabras que Dios ama a todos y no se cansa nunca de ninguno.

Queridos hermanos y hermanas: Cada uno de nosotros tiene, cada uno de nosotros “*es una misión en esta tierra*” (cf. Exhort. apost. *Evangeliigaudium*, 273). Estamos aquí para testimoniar, bendecir, consolar, levantar, transmitir la belleza de Jesús.

http://www.vatican.va/content/francesco/fr/homilies/2019/documents/papa-francesco_20191020_omelia-giornatamissionaria.html

5. El sacerdote con su alegría anuncia la Buena Noticia

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la Buena noticia a los pobres, me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos» (Lc 4, 18). El Señor, Ungido por el Espíritu, lleva la *Buena Noticia* a los pobres. Todo lo que Jesús anuncia, y también nosotros, sacerdotes, es *Buena Noticia*. Alegre con la alegría evangélica: de quien ha sido ungido en sus pecados con el aceite del perdón y ungido en su carisma con el aceite de la misión, para ungir a los demás. Y, al igual que Jesús, el sacerdote hace alegre al anuncio con toda su persona. Cuando predica la homilía, —breve en lo posible— lo hace con la alegría que traspasa el corazón de su gente con la Palabra con la que el Señor lo traspasó a él en su oración. Como todo discípulo misionero, el sacerdote hace alegre el anuncio con todo su ser. Y, por otra parte, son precisamente los detalles más pequeños —todos lo hemos experimentado— los que mejor contienen y comunican la alegría: el detalle del que da un pasito más y hace que la misericordia se desborde en la tierra de nadie. El detalle del que se anima a concretar y pone día y hora al encuentro. El detalle del que deja que le usen su tiempo con mansa disponibilidad...

http://w2.vatican.va/content/francesco/en/homilies/2017/documents/papa-francesco_20170413_omelia-crisma.html



6. Permanecer en Cristo

Finalmente, hay que permanecer en Cristo para *vivir en alegría*: tercero, permanecer para vivir en alegría. Si permanecemos en Él, su alegría estará con nosotros. No seremos discípulos tristes y apóstoles amargados. Lean el final de la *Evangelii in untiandi* [Exhortación apostólica de Pablo VI], os aconsejo esto. Al contrario, reflejaremos y portaremos la alegría verdadera, el gozo pleno que nadie nos va a poder quitar, difundiremos la esperanza de nuestra vida nueva que Cristo nos ha traído. El llamado de Dios no es una carga pesada que nos roba la alegría, ¿es pesada? A veces sí, pero no nos roba la alegría. A través de ese peso también nos da la alegría. Dios no nos quiere sumidos en la tristeza —uno de los malos espíritus que se apoderaban del alma y que ya lo denunciaban los monjes del desierto—; Dios no nos quiere sumidos en el cansancio que viene de las actividades mal vividas, sin una espiritualidad que haga feliz nuestra vida y aun nuestras fatigas. Nuestra alegría contagiosa tiene que ser el primer testimonio de la cercanía y del amor de Dios. Somos verdaderos dispensadores de la gracia de Dios cuando transparentamos la alegría del encuentro con Él.

http://www.vatican.va/content/francesco/en/speeches/2017/september/documents/papa-francesco_20170909_viaggioapostolico-colombia-clero.html

7. Ordenados para ser buen pastor

En esto hay un punto fundamental de la vida y del ministerio de los presbíteros. Respondiendo a la vocación de Dios, se llega a ser sacerdote *para servir a los hermanos y a las hermanas*. Las imágenes de Cristo que tomamos como referencia para el ministerio de los sacerdotes son claras: Él es el «Sumo Sacerdote», del mismo modo cercano a Dios y cercano a los hombres; es el «Siervo», que lava los pies y se hace cercano a los más débiles; es el «Buen Pastor», que siempre tiene como objetivo la atención del rebaño.

Son las tres imágenes que debemos contemplar, pensando en el ministerio de los sacerdotes, enviados a servir a los hombres, a hacerles llegar la misericordia de Dios, a anunciar su Palabra de vida. No somos sacerdotes para nosotros mismos y nuestra santificación está estrechamente relacionada con la de nuestro pueblo, nuestra unción a su unción: tú eres ungido para tu pueblo. Saber y recordar que fuimos «constituídos para el pueblo» —pueblo santo, pueblo de Dios—, ayuda a los sacerdotes a no pensar en sí mismo, a ser autoridad y no autoritarios, firmes pero no duros, alegres pero no superficiales, en definitiva, pastores, no funcionarios. Hoy, en ambas lecturas de la misa se ve claramente la capacidad que tiene el pueblo de alegrarse, cuando se restaura y se purifica el templo, y en cambio la incapacidad de alegrarse que tienen los jefes de los sacerdotes y los escribas ante la expulsión de los mercaderes del templo por parte de Jesús. Un sacerdote debe aprender a alegrarse, nunca debe perder la capacidad de ser alegre: si la pierde hay algo que no está bien. Y os digo sinceramente, tengo miedo a las rigideces, tengo miedo. Los sacerdotes rígidos... ¡Lejos! ¡Te muerden! Y viene a mi mente la expresión de san Ambrosio, del siglo IV: «Donde hay misericordia está el espíritu del Señor, donde hay rigidez están sólo sus ministros». El ministro sin el Señor se hace rígido, y esto es un peligro para el pueblo de Dios. Pastores, no funcionarios.

http://www.vatican.va/content/francesco/en/speeches/2015/november/documents/papa-francesco_20151120_formazione-sacerdoti.html

8. Ser auténtico testimonio

En efecto, Jesús no nos ha elegido y enviado para que seamos los más numerosos. Nos ha llamado para una misión. Nos ha puesto en la sociedad como esa pequeña cantidad de levadura: la levadura de las bienaventuranzas y el amor fraterno donde todos como cristianos nos

podemos encontrar para que su Reino se haga presente. Aquí me viene a la mente el consejo que dio san Francisco a sus frailes, cuando los envió: «Id y predicad el Evangelio: si fuera necesario, también con palabras».

Queridos amigos: esto significa que nuestra misión de bautizados, sacerdotes, consagrados, no está determinada principalmente por el número o la cantidad de espacios que se ocupan, sino por la capacidad que se tiene de generar y suscitar transformación, estupor y compasión; por el modo en el que vivamos como discípulos de Jesús, junto a aquellos con quienes compartimos lo cotidiano, las alegrías, los dolores, los sufrimientos y las esperanzas (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 1). En otras palabras, los caminos de la misión no pasan por el proselitismo. Por favor, no pasan por el proselitismo. Recordamos a **Benedicto XVI**: «La Iglesia crece no por proselitismo, sino por atracción, por testimonio». No pasan por el proselitismo, que lleva siempre a un callejón sin salida, sino por nuestro modo de ser con Jesús y con los demás. Por tanto, el problema no es ser pocos, sino ser insignificantes, convertirse en una sal que ya no tiene sabor de Evangelio —este es el problema—, o en una luz que ya no ilumina (cf. *Mt* 5,13-15).

Creo que la preocupación surge cuando a nosotros, cristianos, nos abruma pensar que solo podemos ser significativos si somos la masa y si ocupamos todos los espacios. Vosotros sabéis bien que la vida se juega en la capacidad que tengamos de “ser fermento” allí donde nos encontremos y con quien nos encontremos, «aunque eso aparentemente no nos aporte beneficios tangibles e inmediatos» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 210). Porque cristiano no es el que se adhiere a una doctrina, a un templo o a un grupo étnico. Ser cristiano es un encuentro, un encuentro con Jesucristo. Somos cristianos porque hemos sido amados y encontrados, y no gracias al proselitismo. Ser cristianos es reconocerse perdonados, reconocerse llamados a actuar del mismo modo que Dios ha obrado con nosotros, porque «en esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (*Jn* 13,35).

http://www.vatican.va/content/francesco/en/speeches/2019/march/documents/papa-francesco_20190331_sacerdoti-marocco.html

9. La cercanía: el sacerdote esta siempre en medio de los demás hombres

El pueblo de Dios y la humanidad toda son destinatarios de la misión de los sacerdotes, a la cual tiende toda la obra de la formación. La formación humana, intelectual y espiritual confluye naturalmente en la formación pastoral, a la que aportan instrumentos, virtudes y disposiciones personales. Cuando todo esto se armoniza y se une a un genuino celo misionero, a lo largo del camino de toda la vida, el sacerdote puede realizar la misión que Cristo le confió a su Iglesia.

Por último, lo que nació del pueblo, con el pueblo debe permanecer; el sacerdote está siempre «en medio de los demás hombres», no es un profesional de la pastoral o de la evangelización, que llega y hace lo que debe —tal vez lo haga bien, pero como si fuese una profesión— y luego se marcha para vivir una vida aparte. El sacerdote está para estar en medio a la gente: la cercanía. Y me permito, hermanos obispos, también nuestra cercanía de obispos a nuestros sacerdotes. ¡Esto es también para nosotros! Cuántas veces escuchamos lamentos de los sacerdotes: «Bah, llamé al obispo porque tengo un problema... El secretario, la secretaria, me dijo que está muy ocupado, que ha salido, que no puede recibirme antes de tres meses...». Dos cosas. La primera: Un obispo siempre está ocupado, gracias a Dios, pero si tú obispo recibes una llamada de un sacerdote y no puedes recibirlo porque tienes mucho trabajo, al menos toma el teléfono, llámalo y dile: «¿Es urgente? ¿No es urgente? ¿Cuándo, vienes ese día...», así se siente cercano. Hay obispos que parecen alejarse de los sacerdotes... Cercanía, al menos una llamada telefónica. Esto es amor de padre, fraternidad.(...)

El bien que los sacerdotes pueden hacer nace sobre todo de su cercanía y de un tierno amor a las personas. No son filántropos o funcionarios, los sacerdotes son padres y hermanos. La paternidad de un sacerdote hace mucho bien.

Cercanía, entrañas de misericordia, mirada amorosa: hacer experimentar la belleza de una vida vivida según el Evangelio y el amor de Dios que se hace concreto también a través de sus ministros. Dios que nunca rechaza. Y aquí pienso en el confesionario. Siempre se pueden encontrar caminos para dar la absolución. Acoger bien. Pero algunas veces no se puede absolver. Hay sacerdotes que dicen: «No, de esto no te puedo absolver, márchate». Este no es el camino. Si no puedes dar la absolución, explica diciendo: «Dios te ama inmensamente, Dios te quiere mucho. Para llegar a Dios hay muchos caminos. Yo no te puedo dar la absolución, te doy la bendición. Pero vuelve, vuelve siempre aquí, así cada vez que vuelvas te daré la bendición como signo de que Dios te ama». Y ese hombre o esa mujer se marcha lleno de alegría porque ha encontrado el icono del Padre, que no rechaza nunca; de una forma o de otra lo abrazó.

http://www.vatican.va/content/francesco/en/speeches/2015/november/documents/papa-francesco_20151120_formazione-sacerdoti.html

Conclusión: **Oración del Papa:**

Señor, mira a tu pueblo que aguarda el Espíritu Santo. Mira a los jóvenes, mira a las familias, mira a los niños, mira a los enfermos, mira a los sacerdotes, los consagrados, las consagradas, mira a nosotros, obispos, mira a todos. y concédenos aquella santa borrachera, la del Espíritu, la que nos hace hablar todas las lenguas, las lenguas de la caridad, siempre cercanos a los hermanos y a las hermanas que tienen necesidad de nosotros. Enséñanos a no luchar entre nosotros para tener un trozo más de poder; enséñanos a ser humildes, enséñanos a amar más a la Iglesia que a nuestro partido, que nuestras «peleas» internas; enséñanos a tener el corazón abierto para recibir el Espíritu. Envía, oh Señor, tu Espíritu sobre nosotros. Amén.

https://w2.vatican.va/content/francesco/en/speeches/2014/june/documents/papa-francesco_20140601_rinnovamento-spirito-santo.html



Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser

el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37).

http://www.vatican.va/content/francesco/en/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html, no.49



Retiro por los sacerdotes: P. Yoland Ouellet, O.M.I., director OMP Canada-francé

Aportes para enfermos y ancianos



Testigos del Señor Jesús desde la tercera edad y la enfermedad

«No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch4, 20)

«Cuando experimentamos la fuerza del amor de Dios, cuando reconocemos su presencia de Padre en nuestra vida personal y comunitaria, no podemos dejar de anunciar y compartir lo que hemos visto y oído. La relación de Jesús con sus discípulos, su humanidad que se nos revela en el misterio de la encarnación, en su Evangelio y en su Pascua nos hacen ver hasta qué punto Dios ama nuestra humanidad y hace suyos nuestros gozos y sufrimientos, nuestros deseos y nuestras angustias».

Mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de las Misiones 2021

Objetivo

Reafirmar el compromiso misionero en el testimonio vivido desde la tercera edad y la enfermedad, para que, a partir del reconocimiento y seguimiento de Jesús, demos respuesta a las personas que necesitan experimentar el perdón y la misericordia divina; escuchando sus inquietudes y hablándoles del amor incondicional que el Padre tiene para ellos.

Oración inicial

Señor Jesús enséñanos a escuchar a aquellos que te buscan y te necesitan en su vida, para poder hablarles de ti, de tal manera que puedan conocerte y seguirte. Envía el Espíritu Santo para que prepare los corazones de aquellos a los que les vamos a anunciar tu palabra y, de igual manera, prepara el nuestro para que seamos fieles testigos tuyos. Amén.

- El mundo y su necesidad de redención

El transcurso del último año vivido nos ha dejado innumerables vivencias de todo tipo, a tal grado de seguir experimentando, hasta la actualidad, la intranquilidad e incertidumbre que nos ha traído la pandemia. Se han agudizado conflictos familiares, presiones emocionales y psicológicas por la falta de empleo y otras adversidades, se acentuó el miedo y la frustración, se desarrollaron actitudes de antipatía y desconfianza, afectando las relaciones cotidianas y personales. En fin, muchas personas han quedado al desamparo y, aunado a esto, han quedado privadas de derechos fundamentales como la salud:

«La pandemia actual ha sacado a la luz numerosas insuficiencias de los sistemas sanitarios y carencias en la atención de las personas enfermas. Los ancianos, los más débiles y vulnerables no siempre tienen garantizado el acceso a los tratamientos, y no siempre es de manera equitativa»¹

No cabe duda que siempre, sobre todo en los conflictos, desastres y enfermedades, los más vulnerables siempre serán los pobres y marginados, los cuales, por su condición, son relegados por la sociedad, aquella que antepone a la persona fuerte, joven y al que tiene el poder por encima del “débil” y de aquellas personas que ya no se valen por sí mismas: los enfermos y ancianos, principalmente.

Nos ha tocado experimentar situaciones contrastantes en un mundo que ha evidenciado compromiso social, preocupación por el otro, etc, pero también hemos padecido consecuencias negativas a causa de la indiferencia generalizada y de un individualismo mordaz; actitudes que inciden directamente en el estilo de vida de muchos cristianos: «La mentalidad hedonista y consumista predominante conduce a los cristianos hacia una superficialidad y un egocentrismo, que no es fácil contrastar. La "muerte de Dios", anunciada en las décadas pasadas por tantos intelectuales, cede el lugar a un estéril culto al individuo»²

La incapacidad de dar soluciones a las adversidades que experimenta la humanidad pone al descubierto nuestros límites. El dolor y el sufrimiento manifiestan inseguridades y desaliento que solo Dios puede sanar y quitar. La crisis de fe que padece el mundo, con los diferentes espacios de ocio y la múltiples propuestas de un mundo sin Dios, agudiza otras carencias que deshumanizan y deterioran las relaciones humanas, poniendo énfasis en la corrupción e injusticia hacia los más vulnerables y débiles a quienes ha maltratado, aún más, la crisis político-social y económica en que nos encontramos:

«La situación de la pandemia evidenció y amplificó el dolor, la soledad, la pobreza y las injusticias que ya tantos padecían y puso al descubierto nuestras falsas seguridades y las fragmentaciones y polarizaciones que silenciosamente nos laceran. Los más frágiles y vulnerables experimentaron aún más su vulnerabilidad y fragilidad. Hemos experimentado el desánimo, el desencanto, el cansancio, y hasta la amargura conformista y desesperanzadora pudo apoderarse de nuestras miradas»³

Sin embargo, y a pesar de tantas dificultades y adversidades que «llevan a las personas al límite de la desesperación, brota frecuentemente el impulso de invocar a Aquél que ‘es Señor y da la

1 Mensaje del Papa Francisco para la XXIX Jornada Mundial del Enfermo, 3.

2 Lineamenta “La nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana”, 6.

3 Mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de las Misiones 2021.

vida', porque el ser humano no puede vivir sin sentido y sin esperanza»⁴. Hay mucha gente necesitada del amor de Dios y que busca, con todo el corazón y con todas sus fuerzas, lejos de la autosuficiencia y los placeres efímeros que ofrece una cultura del descarte⁵, darle sentido a la vida que llevan, vivir felices. Además de servir desinteresada y generosamente, cuestión laudable que hemos evidenciado en estos tiempos:

[...]Al mismo tiempo, la pandemia ha puesto también de relieve la entrega y la generosidad de agentes sanitarios, voluntarios, trabajadores y trabajadoras, sacerdotes, religiosos y religiosas que, con profesionalidad, abnegación, sentido de responsabilidad y amor al prójimo han ayudado, cuidado, consolado y servido a tantos enfermos y a sus familiares. Una multitud silenciosa de hombres y mujeres que han decidido mirar esos rostros, haciéndose cargo de las heridas de los pacientes, que sentían prójimos por el hecho de pertenecer a la misma familia humana»⁶.

Esta situación descubre la necesidad de redención que necesita el mundo y el ser humano. Desvela, por tanto, la urgencia de anunciar el Evangelio para llevar esperanza a tanta gente que hoy necesita escuchar un mensaje de verdadera esperanza y, sobre todo, encontrarse de frente con la Persona de Jesús de Nazaret, el Amigo del que sufre.

¿Es, entonces, la crisis de fe un impedimento para anunciar el Evangelio? La edad avanzada y la enfermedad ¿obstaculizan el compromiso misionero de los bautizados? Al contrario, es una muy buena oportunidad de transmitir toda esa experiencia de fe que se ha acumulado durante toda una vida, una experiencia de vida que, ante todo, se ha configurado con el Evangelio y que «no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida» (SS, 2).

Por tanto, si el Evangelio es un bien que se manifiesta esencialmente en la vida concreta de las personas, en el aquí y en el ahora, no queda más que comunicarlo, transmitirlo; transformando la realidad desde los criterios evangélicos, siendo fieles misioneros del Señor Jesús con una gran capacidad y creatividad para intervenir en el mundo y renovarlo: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación» (EG, 27).

4 Mensaje del Papa Juan Pablo II para la Jornada Mundial de Misiones 1998.

5 [...] Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes» (EG, 53).

6 Mensaje del Papa Francisco para la XXIX Jornada Mundial del Enfermo, 3.

- «lo que hemos visto y oído»

Dios da la gracia y bendición de tener un encuentro con el Resucitado y experimentar su salvación. Después de estar convencidos de que el Maestro está vivo y entre nosotros hemos decidido seguirlo y anunciarlo, porque no hemos encontrado a nadie más en nuestra vida que realmente la transforme y le dé sentido: «Jesús dijo entonces a los doce: ¿También vosotros queréis marcharse? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6, 67-69). De ahí que la fe está puesta en alguien, en una Persona: «[...] No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (Deus Caritas est, 1).

Anunciar a Aquel que nos ha amado primero y sale a nuestro encuentro, para él mismo elegimos y llamarnos por nuestro nombre y, una vez que nos ha mirado de frente y a los ojos, enamorarnos de él, de su vida y su misión, supone la gran responsabilidad de no quedarnos con esa inmensa alegría, sino compartirla con los demás:

«Al igual que los apóstoles y los primeros cristianos, también nosotros decimos con todas nuestras fuerzas: «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20). Todo lo que hemos recibido, todo lo que el Señor nos ha ido concediendo, nos lo ha regalado para que lo pongamos en juego y se lo regalemos gratuitamente a los demás»⁷

Ser testigos del Señor Jesús da sentido a la existencia propia y de los demás, ya sea desde la madurez de vida o en la enfermedad, porque es, en definitiva, una misión de amor que llega al corazón del hombre. Se es testigo en cuanto se pregonan las palabras, en cuanto se anuncia. Con este gesto se complementa la vida espiritual del cristiano que no solo se conforma con tener un encuentro con el Señor, sino que se decide salir y anunciar lo fascinante de ese encuentro: «La característica de toda vida misionera auténtica es la alegría interior, que viene de la fe. En un mundo angustiado y oprimido por tantos problemas, que tiende al pesimismo, el anunciador de la Buena Nueva ha de ser un hombre que ha encontrado en Cristo la verdadera esperanza» (RMi 91).

«No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído», no podemos esperar más tiempo para que otros descubran la alegría que nos trae la Buena Nueva: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (EG, 1). Comunicando la vida

7 Mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de las Misiones 2021.

divina la Iglesia lleva a cabo el mandato del Señor Jesús y, con ello, manifiesta al mundo el amor de Dios por la humanidad.

Ser testigos de ese amor nos debe comprometer a adoptar los criterios que él mostró frente a los más desprotegidos y débiles de la sociedad; los que no tienen voz. Además, ser valientes y hacer frente a los obstáculos y problemas que implica anunciar el Reino de Dios, porque sentimos que es necesario que, los que nos rodean, se descubran a sí mismos como necesitados del amor de Dios: «[...]un amor que no margina, que no se calla, un amor que no humilla ni avasalla [...] Es el amor del Señor que sabe más de levantadas que de caídas, de reconciliación que de prohibición, de dar nueva oportunidad que de condenar, de futuro que de pasado» (ChV, 116).

-Misioneros de esperanza desde la comunidad de bautizados

La esperanza comunica vida y alegría, lo que nos compromete a ser fieles y alegres discípulos-misioneros que sabemos que anunciamos al mundo la más grande y auténtica esperanza. La verdadera esperanza que impulsa a vivir en plenitud y a no quedarse con ella, sino transmitirla:

«La vida en su verdadero sentido no es algo que tenemos en exclusiva en o por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces ‘vivimos’» (SS 27).

Y ¿quiénes deben de comprometerse a esa gran labor de transmitir el amor y la vida que solo vienen de Dios? ¿Solo los consagrados? No solo ellos, sino todos los bautizados: «aun los más débiles, limitados y heridos pueden ser misioneros a su manera, porque siempre hay que permitir que el bien se comunique, aunque conviva con muchas fragilidades» (ChV, 239). Representa estar al servicio del prójimo, lo que requiere, al mismo tiempo, estar dispuestos a luchar por la paz, a ser empáticos, a ver siempre por la justicia, a renunciar al odio y a la indiferencia, a mostrar misericordia y perdón, a ser honestos y benévolo, a practicar la caridad y la compasión.

Implica una responsabilidad con la humanidad. Trascender en virtudes como la verdad, la honestidad, el respeto, la integridad; valores cristianos que transforman la sociedad y se ponen al servicio del bien común «Como en el tiempo del profeta [Jeremías], hoy hay maldades que extirpar, injusticias que arrasar, discriminaciones que destruir, privilegios que derrocar, dignidades que reconstruir y valores que plantar»⁸. Significa poner por delante la propuesta de Jesús para vivir plenamente, para hacer presente su amor y su justicia; provocando que él sea quien reine en el mundo: «En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será

8 Mensaje del Santo Padre Francisco al foro social mundial de las migraciones 2018.

ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales» (EG, 180).

El compromiso cristiano en el mundo se exterioriza desde una vida auténtica de fe. Anunciar el Evangelio es una necesidad: comunicar la Buena Noticia⁹ del Padre, a Jesús mismo. Desafío que se presenta aún en la edad avanzada y en la enfermedad, donde vemos una Iglesia seria y confortante, una Iglesia que necesita, de parte de todos los bautizados, unidad y comunión, esperanza y alivio, entrega y generosidad:

«[...] Los ancianos son hombres y mujeres, padres y madres que estuvieron antes que nosotros en el mismo camino, en nuestra misma casa, en nuestra diaria batalla por una vida digna. Por eso, ¡cuánto quisiera una Iglesia que desafía la cultura del descarte con la alegría desbordante de un nuevo abrazo entre los jóvenes y los ancianos!» (AL, 191).

Relaciones que dan sentido al camino de fe de la comunidad creyente: «La fe tiene una configuración necesariamente eclesial, se confiesa dentro del cuerpo de Cristo, como comunión real de los creyentes» (LF, 22). Así, y con todo sentido, la transmisión de la fe siempre ha sido respaldada por el testimonio de la comunidad creyente (cfr. Hch 4, 32-33); se hace a nombre de la Iglesia (cfr. Hch 2, 14-36), con las conversiones por consecuencia (cfr. Hch 2, 37-41); y porque solo es auténtico lo que se anuncia a nombre de la comunidad respaldada por el Espíritu Santo (cfr. Hch 13, 1-5).

Ponerse en camino es una acción, una actitud del discípulo-misionero que se siente comprometido y corresponsable con la comunidad de los bautizados para edificar y construir:

«Caminar, edificar, construir, confesar. Pero la cosa no es tan fácil, porque en el caminar, en el construir, en el confesar, a veces hay temblores, existen movimientos que no son precisamente movimientos del camino: son movimientos que nos hacen retroceder [...] El mismo Pedro que ha confesado a Jesucristo, le dice: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Te sigo, pero no hablemos de cruz. Esto no tiene nada que ver. Te sigo de otra manera, sin la cruz. Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos

9 Este término forma parte del lenguaje de los emperadores romanos, que se consideraban señores del mundo, sus salvadores, sus libertadores. Las proclamas que procedían del emperador se llamaban “evangelios”, independientemente de que su contenido fuera especialmente alegre y agradable. Lo que procede del emperador –ésta era la idea de fondo- es mensaje salvador, no simplemente una noticia, sino transformación del mundo hacia el bien.

Cuando los evangelistas toman esta palabra –que desde entonces se convierte en el término habitual para definir el género de sus escritos-, quiere decir que aquello que los emperadores, que se tenían por dioses, reclamaban sin derecho, aquí ocurre realmente: se trata de un mensaje con autoridad que no es sólo palabra, sino también realidad.

Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret. Primera Parte Desde el Bautismo a la Transfiguración*. Planeta. México. 2007, pp. 73.74

mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor»¹⁰.

- Caminar con María, la primera discípula-misionera

No vamos solos en este recorrido, vamos caminando con María. Ella camina a nuestro lado como la primera discípula de Jesús; siguiéndolo hasta el final y cumpliendo con la misión encomendada:

«En su vida, María ha realizado la peregrinación de la fe, siguiendo a su Hijo. Así, en María, el camino de fe del Antiguo Testamento es asumido en el seguimiento de Jesús y se deja transformar por él, entrando a formar parte de la mirada única del Hijo de Dios encarnado» (LF, 58).

Ella creyó desde el primer momento lo que se le anunciaba (cfr. Lc 1, 26-38); aceptó a pesar de las posibles consecuencias (cfr. Lc 2, 33-35); respetó el proceso evangelizador de Jesús (cfr. Lc 2, 41-50); sufrió al lado de su Hijo hasta las últimas consecuencias, pero al pie de la cruz con actitud de discípulo (cfr. Jn 19, 25-27); y como misionera, continúa la evangelización con la alegría de saber que el Maestro ha resucitado (cfr. Hch 1, 12-14).

Desde el seguimiento anuncia, se encuentra entre los apóstoles para fortalecer la fe de la comunidad que está reunida. Así, como madre de Jesús, ahora está al pendiente como madre de la Iglesia, la cual tiene la certeza de que la madre del Resucitado sigue acompañándola en el camino de la fe.

El caminar como discípulo-misionero es mantenerse en movimiento a favor de la edificación de la comunidad, en donde la Virgen María comparte un lugar especial como mediadora entre Cristo y la Iglesia. Es ponerse en camino para llevar el anuncio de la Buena Nueva «En aquellos días, se puso en camino María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel» (Lc 1, 39-40).

Anunciar el Evangelio, para hacerlo presente en aquellos ambientes de la sociedad donde más se le rechaza, significa poner por delante la propuesta de Jesús para vivir plenamente, para hacer presente su amor y su justicia; provocando que él sea quien reine en este mundo donde el cristiano está llamado a ser “luz y sal” practicando la justicia y construyendo la paz.

Tenemos una gran responsabilidad con nuestra sociedad, empezando con nuestras acciones en lo familiar y desde el apostolado donde nos encontramos participando ahora: Pastoral de la Salud,

10 Santa Misa con los Cardenales. Homilía del Santo Padre Francisco. Capilla Sixtina, jueves 14 de marzo de 2013

Unión de Enfermos Misioneros, Ministros Extraordinarios de la Comunión, Catequesis, Liturgia, etc.

Si somos empáticos y solidarios con los más cercanos, con aquellas personas que convivimos a diario, comenzamos a construir un entorno más cordial y, por tanto, más humano, sobre todo con aquellos que han sido relegados por su edad o condición física:

«La opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha es una opción prioritaria que los discípulos de Cristo están llamados a realizar para no traicionar la credibilidad de la Iglesia y dar esperanza efectiva a tantas personas indefensas. En ellas, la caridad cristiana encuentra su verificación, porque quien se compadece de sus sufrimientos con el amor de Cristo recibe fuerza y confiere vigor al anuncio del Evangelio»¹¹.

- Actividad

- Revisa tu vida a partir de la primera vez que tuviste el encuentro con Jesús:
 - Identifica su presencia en los momentos de alegría, de felicidad, pero sobre todo en las dificultades y problemas; donde más ha estado a tu lado.
 - Identifica también cómo ha guiado tus pasos para darle sentido a tu vida.
- Después de este ejercicio de reflexión contesta las siguientes preguntas:

¿cómo has respondido al llamado que Jesús te ha hecho para seguirlo y ser su testigo?

En las relaciones con los demás, ¿eres un auténtico testigo de Jesús?

11 Mensaje del Santo Padre Francisco. III Jornada Mundial de los Pobres, 7.

¿Deseas hacer la voluntad del Padre como anunciador de su Palabra?

En la labor pastoral ¿eres creador de comunión? O, por el contrario, con las actitudes ¿se propician divisiones y conflictos dentro de la comunidad eclesial?

- Compromiso

Lee con atención los siguientes números de Fratelli tutti:

18. Partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites. En el fondo «no se considera ya a las personas como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres o discapacitadas, si “todavía no son útiles” —como los no nacidos—, o si “ya no sirven” —como los ancianos—. Nos hemos hecho insensibles a cualquier forma de despilfarro, comenzando por el de los alimentos, que es uno de los más vergonzosos».

19. La falta de hijos, que provoca un envejecimiento de las poblaciones, junto con el abandono de los ancianos a una dolorosa soledad, es un modo sutil de expresar que todo termina con nosotros, que sólo cuentan nuestros intereses individuales. Así, «objeto de descarte no es sólo el alimento o los bienes superfluos, sino con frecuencia los mismos seres humanos». Vimos lo que sucedió con las personas mayores en algunos lugares del mundo a causa del coronavirus. No tenían que morir así. Pero en realidad algo semejante ya había ocurrido a causa de olas de calor y en otras circunstancias: cruelmente descartados. No advertimos que aislar a los ancianos y abandonarlos a cargo de otros sin un adecuado y cercano acompañamiento de la familia, mutila y empobrece a la misma familia. Además, termina privando a los jóvenes de ese necesario contacto con sus raíces y con una sabiduría que la juventud por sí sola no puede alcanzar.

A continuación dialoguen en grupos lo planteado en los números anteriores y escriban compromisos concretos como testigos del Señor Jesús ante:

La cultura del descarte:

La cultura individualista:

- Oración final (tomada de la Encíclica Lumen Fidei)

¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.

Amén.

DIRECCIÓN NACIONAL OMPE MEXICO

Aportes para grupos misioneros



...EL MISIONERO ES UN TESTIGO QUE NO PUEDE DEJAR DE HABLAR DE LO QUE HA VISTO Y OÍDO...

INTRODUCCIÓN

Como grupos misioneros tenemos la tarea de ser agentes activos de la Nueva Evangelización ya sea en nuestra comunidad de origen (muy necesario en este tiempo de pandemia en el que estamos viviendo y donde vemos tantas necesidades en muchos aspectos de la vida de las personas), y también como Primera Evangelización en otras comunidades, más alejadas, más pobres.

Evangelii Gaudium, nos dice “Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (20).

Los grupos misioneros tenemos un compromiso más fuerte y explícito con determinados lugares donde somos enviados pero al igual que todos los bautizados tenemos la misión de anunciar a Cristo y dar a conocer su mensaje esperanzador. Como cristianos comprometidos es nuestra vocación primordial, es nuestro llamado. Como Iglesia misionera, existimos para evangelizar.

Nosotros, que desde nuestra experiencia de ser comunidad en nuestros grupos misioneros, tenemos la gracia de conocer y vivenciar el mensaje del Evangelio, **“no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hc.4,20)**. ¿Cómo no dar a conocer su misericordia? ¿Cómo no compartir el perdón? ¿Cómo no dar gracias de todo lo que Dios nos regala cada día? **“Ay de mí si no evangelizo!” (1Cor 9,16)**

Si realmente experimentáramos y creyéramos en el mensaje del Evangelio, nuestra vida sería una “misión continua”, y tendríamos la necesidad de llevar a Dios a todos lados. Llevar a Dios quiere decir irradiar su Palabra, su perdón, su consuelo, su alegría. Su paz y su luz. Su amor infinito e incondicional.

MEDITACIÓN

«No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch. 4,20).

Este es el lema brindado en el Mensaje del Santo Padre Francisco para la 95ª Jornada Mundial de las Misiones que se celebrará en octubre de 2021.

Y como indica en sus palabras, son muchas las ocasiones en la experiencia de los apóstoles, donde experimentan **en primera persona** el llamado a cada uno de ellos, sus milagros, sus curaciones, sus enseñanzas, sus ejemplos y esto; cito a Francisco: “deja una huella imborrable, capaz de suscitar el asombro, y una alegría expansiva y gratuita que no se puede contener”. Esta cita bíblica, deja a la luz la convicción y conversión de los discípulos: no pueden callar lo que han visto! Fueron momentos de un encuentro tan íntimo y transformador que los exhorta a ser fieles a Él

En Pentecostés, cuando los discípulos se encontraban encerrados por miedo a los judíos, Jesús se puso en medio de ellos y mostrándoles las manos y el costado los llenó de alegría. Luego repitió: «*La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo*». Y diciendo esto sopló sobre ellos diciendo «*Reciban el Espíritu Santo*» (cf. Jn. 20, 19-23)

Es por eso que posteriormente, en los Hechos de los Apóstoles, libro de cabecera de los discípulos misioneros, tenemos el testimonio de Pedro y Juan, que luego de la sanación del paralítico son arrestados e interrogados. En esa oportunidad dieron testimonio de Jesucristo resucitado como fuente de salvación. (cf. Hch. 4, 8).

Todos quedaron admirados de la seguridad con la que Pedro y Juan hablaban. Esta es la seguridad de quien habla con la verdad y la capacidad de ser **Testigos**. «*Cuando venga el Paráclito, que enviaré desde el Padre, el Espíritu de Verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí y también ustedes darán testimonio de mí*» (Jn. 15, 26-27). Esos mismos hombres que en pentecostés se encontraban encerrados y con miedo, ya no estaban paralizados por él sino animados por el Espíritu Santo.

Al **Discípulo Misionero**, que ha experimentado el encuentro con Cristo vivo y resucitado, el Espíritu Santo le da la capacidad de testimoniar como aquel que es testigo. No hay nada mejor que ser transmisores de Esperanza y sembrar caminos de esperanza, no como relatores de hechos sino como discípulos que dan testimonio de lo que Dios hace día a día en nosotros.

Así, en cada ámbito de la vida, laboral, familiar, en nuestras periferias geográficas y existenciales, podremos ser misioneros que comparten la experiencia interior del amor de Dios. Eso nos permitirá ampliar cotidianamente la capacidad de ensanchar nuestros círculos, de llegar a aquellos que espontáneamente no sentiríamos parte de “nuestro mundo de intereses”, aunque estén cerca nuestro. Así podremos ser verdaderos transmisores de paz, perdón y amor.

REFLEXIÓN PERSONAL

Quizás puede ayudarte preparar un altar misionero con la Palabra como centro, las imágenes que te gusten, una Imagen de María, telas, velas y todo lo que te anime a entrar en tu interior para mirar hondo lo que Dios te tiene preparado.

En un momento de reflexión personal, puedes tomarte unos minutos para recordar esas experiencias del amor personal que Dios tiene con vos y sé testigo compartiéndolas con los miembros de tu grupo o con tu familia.

Te proponemos escuchar la canción de Testigos apasionados de Pablo Martínez para animar tu oración y contemplar desde la música el lema que acompaña el octubre misionero. (<https://www.youtube.com/watch?v=yuaZZ9xVQec>)

UN VIAJE A LA MEMORIA PASANDO POR EL CORAZÓN

El lema del Papa Francisco es una invitación a cada uno de nosotros a “hacernos cargo” y dar a conocer aquello que tenemos en el corazón. Pero ¿qué tenemos adentro del corazón?

Te proponemos que pienses, en tu experiencia personal ¿Qué es lo que no podemos dejar de hablar? ¿Qué es lo que hemos visto y oído? ¿Qué es lo que hemos experimentado a lo

largo de nuestra vida que nos empuja a ir a las gentes y compartir esto que nos mueve interiormente?

Pensando en el testimonio de otras personas: ¿Qué personas han sido ejemplo de la valentía y seguridad que tuvieron Pedro y Juan? ¿Qué testimonios han iluminado la decisión de seguir este camino misionero? ¿Qué testimonios nos invitan a salir de nosotros mismos hacia las periferias? ¿Hay voces o testimonios que en vez de animarnos te hayan desanimado?

Como nos indica Francisco, recordemos agradecidamente a todas esas personas que, con su testimonio de vida, nos ayudan a renovar nuestro compromiso bautismal de ser apóstoles generosos y alegres del Evangelio.

ORACIÓN

Estaba vacío y solo,
pero ahora ¡Cristo vive en mí!
Señor, ayúdame a dar testimonio
a los que están en mi vida
qué para que te conozcan.
Qué pueda ser digno instrumento
de Tu palabra y Tu mensaje
llegue a todo aquel que te necesita.
Gracias Señor por elegirme,
salvarme y amarme. Amen

PROPÓSITO:

Sabiendo que no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído: Los invitamos a crear un posteo en sus redes sociales con fotos y palabras o gestos de todas las personas que han sido para ustedes o , testimonio de Jesús vivo que nos ama, nos elige y nos llama a seguirlo. También los invitamos a subirlo en <https://padlet.com/mvalvarez/fr4qy60g4w6m2udx> para hacer un gran mural con todos sus testimonios e imágenes.

Para finalizar este encuentro les proponemos escuchar esta canción:
<https://www.youtube.com/watch?v=hWHMla1zbsA>

Equipo Nacional Obra Propagación de la Fe

OMP Argentina

Aportes para niños y adolescentes



No podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído

Catequesis Misionera

Objetivo:

Que cada niño y adolescente tome conciencia de la importancia de dar testimonio de Jesucristo.

Que entiendan que es tarea del misionero transmitir el amor que de Dios hemos recibido.

Recordar a todas las personas que con su testimonio de vida, nos ayudan a renovar nuestro compromiso bautismal de ser apóstoles generosos y alegres del evangelio.

Contenido Central:

Mensaje del papa francisco para el Domingo Mundial de las misiones 2021

- La amistad con Jesús
- La experiencia del encuentro con el Mesías
- Ponerse en estado de misión
- No anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo
- No podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído

Propuesta para el encuentro

Oración:

Señor, regálanos la gracia de una profunda experiencia de tu amor y que seamos capaces de llevar este amor a nuestros hermanos. Enséñanos a ir al encuentro del prójimo y que nadie se quede ajeno a este amor. Amén.

Reflexión: Los apóstoles vivieron cerca de Jesús, escucharon sus enseñanzas, vieron sus milagros, pudieron tener una hermosa experiencia, y delante de todo eso fueron conscientes de que debían compartir esta alegría que solo Jesús nos da.

La experiencia de Jesús nos trae una alegría profunda, una alegría que nos hace capaces de salir de nosotros mismos.

Imaginemos cuanto alguien nos da una buena noticia, algo que esperábamos con cierta expectativa cuando recibimos determinada noticia no quedamos con esa alegría dentro de nosotros solamente, pero nuestra reacción es salir a contar a los amigos y cercanos.

Esta buena noticia es el evangelio que nos llena de alegría y anima el corazón,

No podemos callar.

Es muy importante practicar cada día lo que Jesús nos enseñó, estamos llamados a la santidad y por ello todos los días debemos intentar seguir su ejemplo aún más.

Dios nos dio a su hijo para que nos sirviera de referencia de lo que Él quiere de nosotros.

Debemos tener una coherencia entre fe y vida, porque al contrario estamos haciéndonos sordos al mensaje de Dios.

Así también, la única manera que los otros sigan a Jesucristo es por medio de nuestro ejemplo.

Dios nos llama a los que lo hemos conocido, a ser luz en el mundo en cada una de nuestras actividades diarias.

Dinámica: Pedir un voluntario entre los miembros del grupo y taponarle los ojos

Poner al final del lugar del encuentro una biblia, rosario y distintos elementos de nuestra fe, e ilustraciones de buenas noticias

Los demás deben indicarle el camino, y el voluntario deberá dejarse guiar, mientras los niños y adolescentes dan indicaciones del camino el animador habla de algún milagro de Jesús y de la buena noticia del evangelio.

Cuando llega al lugar donde están los elementos quítale la venda, el voluntario debe depararse con algo maravilloso, algo que lo sorprenda.

Al final el animador pregunta que sintió y les comparte recordando la reflexión, destacando el mensaje central de que hay que hablar del evangelio. Que no podemos callar lo que hemos visto y oído.

Semilla Misionera: En el transcurso de la semana hablaré de Jesús a mis amigos y a los de mi casa, daré testimonio y les contaré todo lo que ha hecho.

Oración final: Señor Jesús, que todos los misioneros tengamos la fuerza y el entusiasmo para anunciar siempre el evangelio, que su amor de compasión despierte en nuestros corazones y nos vuelva a todos discípulos misioneros. Que María, la primera discípula misionera, haga crecer en todos los bautizados el deseo de ser sal y luz en nuestras tierras. Amén.

Dirección Nacional OMP Ecuador

Aportes para Jóvenes



“JUVENTUD MISIONERA EN AMERICA, NO PUEDES CALLAR LO QUE HAS VISTO Y OIDO”

“El amor siempre está en movimiento y nos pone en movimiento para compartir el anuncio más hermoso y esperanzador” (Domund 2021)

OBJETIVO: Avivar en los jóvenes el espíritu misionero de nuestros ambientes eclesiales, siendo ellos los llamados de llevar a otros la buena noticia de lo que han visto y oído y sean redimidos por el amor de Cristo que nos interpela hoy en día a un camino de transformación para nuestros pueblos.

AMBIENTACION: La Iglesia reconoce toda la creatividad que los jóvenes hoy en día pueden desarrollar para lograr toda aquella animación misionera que cautiva a otros a través de lo que ofrece hoy la tecnología. Preparemos con entusiasmo esta catequesis de acuerdo a la realidad y necesidad de nuestros ambientes, para comunicar el mensaje de Jesús a nuestros jóvenes misioneros

INTRODUCCION: En el contexto de la celebración del Día Mundial por las Misiones DOMUND 2021, el Papa Francisco en su mensaje nos llama hacer esos portadores de buenas noticias anunciando lo que me hemos visto y oído. *Tiempos nuevos que suscitan una fe capaz de impulsar iniciativas y forjar comunidades a partir de hombres y mujeres que aprenden a hacerse cargo de la fragilidad propia y la de los demás, promoviendo la fraternidad y la amistad social.*

CANTO INICIAL: La Llamada

ORACION: *Dios Padre, que nos amas a través de todo lo que alcanzamos a ver y que nuestros oídos han escuchado por medio de Jesús, tu Palabra que nos habita y que nos interpela ante todas aquellas situaciones que vivimos en nuestros pueblos y comunidades, te pedimos tu Espíritu Santo hoy siga iluminando nuestras mentes y fortaleciendo nuestros corazones ante esta situación que viene aconteciendo de la COVID-19 a nivel mundial, permite que siempre estemos atentos a las necesidades del otro, por nuestro Señor Jesucristo. Amen*

DIALOGUEMOS A PARTIR DE LA REALIDAD

¿Que escuchamos y vemos en las realidades en nuestros pueblos?

¿En qué lugar me ubico con estas realidades?

- ✓ PANDEMIA
- ✓ POLITICA
- ✓ SOCIOCULTURALES

✓ ECONOMIA

Organizar grupos de trabajo para escuchar a los jóvenes

El Papa Francisco nos anima *Jesucristo verdaderamente vive» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 275) y nos quiere también vivos, fraternos y capaces de hospedar y compartir esta esperanza. En el contexto actual urgen misioneros de esperanza que, ungidos por el Señor, sean capaces de recordar proféticamente que nadie se salva por sí solo. (Mensaje Domund 2021)*

ESCUCHAMOS LA PALABRA QUE NOS DA ALEGRÍA:Hch. 4, 20

«No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído».

ORIENTACIONES PARA LA MISION

- ✓ En el texto que acabamos de escuchar los discípulos Pedro y Juan en los versículos anteriores han sido arrestados, pero llenos del Espíritu Santo les impulsa a anunciar la persona Jesucristo, sin miedo y seguros de las palabras que salían de sus bocas.
- ✓ Hoy, en nuestras comunidades hay jóvenes todavía con miedo de querer acercarse a conocer y hablar de y con Jesús, por tanta situaciones que les han ensordecido sus oídos y corazones.
- ✓ El joven que se ha encontrado con Jesús, siente que su corazón arder por anunciar todas aquellas alegrías que ha experimentado en cada momento de conexión con el Dios de Amor. *Es una invitación a cada uno de nosotros a “hacernos cargo” y dar a conocer aquello que tenemos en el corazón (Domund 2021)*
- ✓ El Santo Padre Francisco en la Christus Vivit (122) exhorta a las juventudes: *Por favor, no se dejen comprar, no se dejen seducir, no se dejen esclavizar por las colonizaciones ideológicas que nos meten ideas en la cabeza y al final nos volvemos esclavos, dependientes, fracasados en la vida.* De manera que, jóvenes discípulos misioneros estamos llamados a seguir escuchando la voz de Dios, que nos motiva e impulsa anunciar a otros que están en situaciones atrapados en las drogas, prostitución, tecnologías, narcotráfico etc., sobre todo algunos siendo vulnerables y frágiles y decirles CRISTO HA RESUCITADO, él vive y te quiere vivo.
- ✓ Somos mensajeros de buenas nuevas, con lo de la pandemia muchas familias que han perdido seres queridos, viviendo la soledad, tristeza, desesperanza, allí se ha necesario nuestra presencia para acompañar, apoyar y dar lo que Dios ha puesto en cada corazón.
- ✓ Salgamos a las periferias juveniles, la misión aún está en sus inicios, *¡no nos dejemos robar la alegría evangelizadora!, ¡No nos dejemos robar el Evangelio!, ¡No nos dejemos robar la esperanza! (EG).*
- ✓ **IR CON ESPERANZA ANUNCIAR EL REINO DE DIOS QUE ESTA CERCA**

COMUNICADORES EN LA MISION

- ✓ Nuestra proyección misionera durante este mes, a partir de la creatividad de la Juventud misionera, llevar la Buena Nueva por medio de las redes sociales, o de manera presencial con todas las medidas de bioseguridad haciendo animación para otros jóvenes.
- ✓ Rezo del Santo Rosario Misionero por el cese de la pandemia
- ✓ Ser solidarios en nuestra familias, también allí tenemos una misión que realizar.

Oración Final del Papa Francisco (Fratelli Tutti)

Oración al Creador

Señor y Padre de la humanidad,
que creaste a todos los seres humanos con la misma dignidad,
infunde en nuestros corazones un espíritu fraternal.
Inspíranos un sueño de reencuentro, de diálogo, de justicia y de paz.
Impúlsanos a crear sociedades más sanas
y un mundo más digno,
sin hambre, sin pobreza, sin violencia, sin guerras.

Que nuestro corazón se abra
a todos los pueblos y naciones de la tierra,
para reconocer el bien y la belleza
que sembraste en cada uno,
para estrechar lazos de unidad, de proyectos comunes,
de esperanzas compartidas. Amén.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria

CANTO FINAL: Alma Misionera

“Hoy, Jesús necesita corazones que sean capaces de vivir su vocación como una verdadera historia de amor, que les haga salir a las periferias del mundo y convertirse en mensajeros e instrumentos de compasión”.

Domund 2021

Aportes para Familias



“LO QUE HEMOS VISTO Y OÍDO, NO LO PODEMOS CALLAR” (HCH 4,20)

DOMUND 2021

FAMILIA MISIONERA

P. Ronny Solano S.

Secretario Ejecutivo de la Comisión Nacional de Familia y Vida
Conferencia Episcopal de Costa Rica

FORMACIÓN MISIONERA:

En familia se lee y escucha con atención el siguiente texto sobre la familia en misión. Después de la lectura y escucha atenta compartimos lo que más nos ha llamado la atención.

“Y dijo Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las sierpes que serpean por la tierra. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.»” (Gn 1, 26-28)

“Dijo luego Yahveh Dios: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.»” “Entonces Yahveh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahveh Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada.» Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne.” (Gn 2, 18. 22-24)

Guía de reflexión:

- ¿Qué me ha llamado más la atención de estos dos textos?
- ¿Qué le preguntaría yo al texto?

Profundización

Dios no es un ser solitario, Él es familia: la familia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Si Dios es familia y si Él nos ha creado a su imagen y semejanza entonces nos ha creado para vivir en familia.

Podríamos decir que cada familia tiene la vocación en esta tierra de ser icono de la Santísima Trinidad a través de la comunión de amor entre sus miembros. Por eso afirma el Papa Francisco que:

«La Sagrada Escritura y la Tradición nos revelan la Trinidad con características familiares. La familia es imagen de Dios, que [...] es comunión de personas... (AL 71).

En la familia humana, reunida en Cristo, se ve restaurada la “imagen y semejanza” con la Santísima Trinidad (cf. Gn 1,26), misterio del que brota todo amor verdadero. Desde Cristo, a través de la Iglesia, el matrimonio y la familia reciben la gracia necesaria para testimoniar el Evangelio del amor de Dios.

Años antes los Obispos de Latinoamérica y del Caribe habían afirmado en Aparecida que: “la familia es imagen de Dios que, en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia. En la comunión de amor de las tres Personas divinas, nuestras familias tienen: su origen, su modelo perfecto, su motivación más bella y su último destino.” (DA 434)

Para la familia el ser icono de la Trinidad implica su misión, y esta misión es en primer término, tal y como lo dice el Papa Francisco, el testimoniar el Evangelio del amor de Dios. Bien decía el Papa San Juan Pablo Segundo que “hay que decir que la esencia y el cometido de la familia son definidos en última instancia por el amor. Por esto la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa.

San Pablo VI afirmaba que en cada familia como “Iglesia doméstica” debería reflejar los diversos aspectos de la Iglesia entera, y la Iglesia existe para evangelizar. La misión evangelizadora en la Iglesia se vive en un doble movimiento que la mantiene en un estado permanente de misión: hacia dentro de la misma Iglesia y también hacia afuera de ella. Así la familia está llamada a ser misionera testimoniando el Evangelio del amor de Dios en el mismo hogar y más allá de la propia vida familiar.

Toda familia que ha tenido un real encuentro con Cristo y ha respondido con alegría a su llamado debe decir: **lo que hemos visto y oído, no lo podemos callar** (Cfr. Hch 4,20). Cuando la familia, como todo cristiano, es evangelizada se vuelve sujeto de la evangelización. A la familia también le corresponde ser discípula misionera del Señor Jesucristo.

Partiendo de esto podríamos dividir los cometidos de la familia, Iglesia doméstica, en dos momentos de misión: la familia en misión **que se está** evangelizando y la familia en misión **que está** evangelizando.

La familia en misión que se está evangelizando:

El encuentro con Cristo es personal. Pero también para toda familia hay un antes y después de Cristo, seguramente marcado por algún acontecimiento en alguna etapa o situación de vida muy propias de un hogar. Incluso ese antes y después de Cristo pudo haber surgido por alguna experiencia kerigmática (retiro, convivencia, campamento, jornada cristiana) que la pareja, la familia completa o alguno de sus miembros ha vivido. No todas las familias son desde su origen Iglesia doméstica.

Para que la familia logre cumplir con esta sublime misión está llamada a cumplir con cuatro cometidos (Cfr. FC 17), estos son:

- 1) formación de una comunidad de personas,
- 2) servicio a la vida,
- 3) participación en el desarrollo de la sociedad y
- 4) participación en la vida y misión de la Iglesia.

1) *Familia comunidad de personas:*

“La familia, fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas: del hombre y de la mujer esposos, de los padres y de los hijos, de los parientes. Su primer cometido es el de vivir fielmente la realidad de la comunión con el empeño constante de desarrollar una auténtica comunidad de personas.” (FC 18).

En la familia se han de madurar las relaciones de comunión y de igualdad para que sus miembros logren ser una verdadera comunidad de personas.

"Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre... El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. (Jn 14, 7-9).

Esta cita bíblica nos ayuda a comprender la relación de igualdad que existe al interno de la Familia Trinitaria, y de algún modo, con las limitaciones del caso, es una invitación para que en casa cada miembro sea reflejo de unidad familiar. Esta igualdad alcanza sus frutos cuando en hogar se da *la vivencia del valor humano del respeto*.

“La semilla cristiana de la **igualdad radical entre los cónyuges** debe hoy llevar nuevos frutos” (Papa Francisco 29/4/2105).

El valor del respeto a la dignidad humana de cada miembro de la familia permite también el debido desarrollo de los roles de cada uno de sus miembros. Ser iguales no es lo mismo que un simple igualitarismo familiar que socaba la debida autoridad de los padres.

La familia cristiana es aquella donde cada uno de sus miembros cumple con su respectivo rol: el de ser esposo, esposa, padre, madre, hijo, hermano. En la familia, por

la igual dignidad que compartimos (Cfr. Gn 1, 26-27), todos somos “ayuda adecuada para el otro” (Cfr. 2, 18. 23) en el cumplimiento de los roles.

"Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne." (Gn 2, 24)

La invitación a dejar la casa paterna tiene como objetivo la **unidad y comunión de la pareja que en el matrimonio se hace una sola carne**. Y sobre la base de la comunidad conyugal se edifica y se desarrolla la comunidad de la familia.

“El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros. También Dios, en efecto, es comunión: las tres Personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta...Y es precisamente este el misterio del matrimonio: Dios hace de los dos esposos una sola existencia» (*Papa Francisco 2 de abril, 2014*).

El proyecto de redención y salvación de la humanidad es una obra de la familia Trinitaria:

«Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo» ... «En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que él hace.» " (Jn 5, 17. 19-20)

Así la familia urge de **un proyecto común de vida** porque cuando todos en casa asumimos un mismo rumbo, poniéndonos acuerdo, y asumiendo compromisos para llegar a alcanzar metas comunes, es cuando respiramos una verdadera unidad y comunión familiar. El “hagamos” de la familia Trinitaria que crea comunión, se vuelve un modelo para toda familia donde cada uno anda buscando un rumbo sin tomar en cuenta a sus seres queridos.

2) *Familia servidora de la vida:*

“La pareja que ama y genera la vida es la verdadera «escultura» viviente... capaz de manifestar al Dios creador y salvador. Por eso el amor fecundo llega a ser el símbolo de las realidades íntimas de Dios (cf. Gn 1,28; 9,7; 17,2-5.16; 28,3; 35,11; 48,3-4) ... Bajo esta luz, la relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad que contempla en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor. El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente.” (AL 11) “Así el cometido fundamental de la familia es el servicio a la vida, el realizar a lo largo de la historia la bendición original del Creador, transmitiendo en la generación la imagen divina de hombre a hombre.” (FC 28).

Es misión de la familia fortalecer las relaciones de fecundidad entre sus miembros, sí a través del don de la procreación, pero también haciendo del hogar ese lugar donde se celebra la vida promoviendo el desarrollo humano y cristiano de la persona.

La familia “ha sido y es escuela de la fe... hogar en que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente.” (DA 114). Se entiende pues que la familia fecunda es la que se preocupa por la formación moral y espiritual de sus miembros, especialmente de los hijos. De hecho, así lo confirma el Catecismo de la Iglesia Católica cuando expresa que “la fecundidad del amor conyugal se extiende a los frutos de la vida moral, espiritual y sobrenatural que los padres transmiten a sus hijos por medio de la educación. Los padres son los principales y primeros educadores de sus hijos” (#1653).

En las cartas del Apóstol Pablo encontramos testimonios de esa Iglesia doméstica que transmite la fe:

“Doy gracias a Dios, a quien, como mis antepasados, rindo culto con una conciencia pura, cuando continuamente, noche y día, me acuerdo de ti en mis oraciones... Pues evoco el recuerdo de la fe sincera que tú tienes, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y sé que también ha arraigado en ti.” (II Timoteo 1, 3.5).

En cuanto a la educación de la fe, los padres deben vivir esta tarea no como algo meramente inherente a su función natural de ser los procreadores de sus hijos sino como un verdadero ministerio que surge de su realidad bautismal. Así lo enseña la Iglesia cuando afirma que es en la educación de la fe en el hogar “donde se ejercita de manera privilegiada el sacerdocio bautismal del padre de familia, de la madre, de los hijos, de todos los miembros de la familia, en la recepción de los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la renuncia y el amor que se traduce en obras” (CIC 1657)

Conviene recordar a los padres de familia que el amor de justicia que ellos deben a sus hijos es precisamente la educación; y recordar a los hijos que el amor debido a los padres es la veneración por el hecho mismo de haberles dado la vida de allí que la obediencia a ellos es un signo de esa veneración que se les debe. El ejemplo a imitar es el mismo Jesús niño y adolescente del cual declara la Sagrada Escritura: “bajó con ellos (José y María) y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos... Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.” (Lc 2, 51-52).

II. La familia en misión que está evangelizando.

“Lo que hemos visto y oído, no lo podemos callar” (Hch 4,20).

La experiencia de encuentro con Cristo en la familia necesariamente la debe llevar al deseo de comunicar a las demás familias lo que han visto y oído al estar a los pies del Maestro. La familia discípula misionera experimenta ahora la necesidad de una misión hacia afuera. La familia objeto de la evangelización ahora se vuelve sujeto; la familia evangelizada es ahora familia evangelizadora, y así debe ser porque nadie puede dar lo que no se tiene.

“En nuestros días, en un mundo frecuentemente extraño e incluso hostil a la fe, las familias creyentes tienen una importancia primordial en cuanto faros de una fe viva e irradiadora.” (CEC 1656).

En este sentido la familia en misión cumple los otros dos cometidos que Juan Pablo II le asigna en *Familiaris Consortio*: su participación en el desarrollo de la sociedad y en la vida y misión de la Iglesia.

3. Participación de la familia en el desarrollo de la sociedad.

“El Creador del mundo estableció la sociedad conyugal como origen y fundamento de la sociedad humana»; la familia es por ello la «célula primera y vital de la sociedad». La familia posee vínculos vitales y orgánicos con la sociedad, porque constituye su fundamento y alimento continuo mediante su función de servicio a la vida. En efecto, de la familia nacen los ciudadanos, y éstos encuentran en ella la primera escuela de esas virtudes sociales, que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad misma. Así la familia, en virtud de su naturaleza y vocación, lejos de encerrarse en sí misma, se abre a las demás familias y a la sociedad, asumiendo su función social.” (FC 42)

En esta misma línea el Papa Francisco nos recuerda que: “la familia es el ámbito de la socialización primaria, porque es el primer lugar donde se aprende a colocarse frente al otro, a escuchar, a compartir, a soportar, a respetar, a ayudar, a convivir. La tarea educativa tiene que despertar el sentimiento del mundo y de la sociedad como hogar, es una educación para saber «habitar», más allá de los límites de la propia casa.” (AL 276)

La función social de las familias está llamada a manifestarse también en la forma de intervención política, es decir, las familias deben ser las primeras en procurar que las leyes y las instituciones del Estado no sólo no ofendan, sino que sostengan y defiendan positivamente los derechos y los deberes de la familia. En este sentido las familias deben crecer en la conciencia de ser «protagonistas» de la llamada «política familiar», y asumirse la responsabilidad de transformar la sociedad; de otro modo las familias serán las primeras víctimas de aquellos males que se han limitado a observar con indiferencia. (Cfr. FC 44)

4. Participación de la familia en la vida y misión de la Iglesia.

Desde siempre la familia ha estado presente en el plan de Dios para que sea misionera.

“La Biblia está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares, desde la primera página, donde entra en escena la familia de Adán y Eva con su peso de violencia, pero también con la fuerza de la vida que continúa (cf. Gn 4), hasta la última página donde aparecen las bodas de la Esposa y del Cordero (cf. Ap 21,2.9). Las dos casas que Jesús describe, construidas sobre roca o sobre arena (cf. Mt 7,24-27), son expresión simbólica de tantas situaciones familiares, creadas por las libertades” (AL 8)

Así desde la creación Dios va desarrollando su plan de salvación a través de familias a las que les asigna misiones diversas. Dios llamó a Abraham, José y Moisés y les

encomendó a cada cual una misión donde participaron también sus familias. A Abraham el Señor hizo una promesa: “En ti serán benditas todas las familias de la tierra” (Gn 1, 3) y por su obediencia y la de su familia está promesa fue cumplida. “Mi familia y yo serviremos al Señor” (Jos 24, 15) El testimonio de fidelidad al Señor de Josué y su familia se vuelve hoy una luz que motiva a las familias a ser misioneras de frente a un mundo lleno de falsas ideologías. En el Nuevo Testamento, partiendo de la imagen de familia como Iglesia doméstica en misión, nos encontramos con casos de familias misioneras; tal es el caso del matrimonio de Priscila y Áquila, que había abandonado la vida pagana para hacerse cristiano después de escuchar la predicación de Pablo. (Cfr. Rm 16,5)

“La familia cristiana está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo a servicio de la Iglesia y de la sociedad su propio ser y obrar, en cuanto comunidad íntima de vida y de amor. Si la familia cristiana es comunidad cuyos vínculos son renovados por Cristo mediante la fe y los sacramentos, su participación en la misión de la Iglesia debe realizarse según una modalidad comunitaria; juntos, pues, los cónyuges en cuanto pareja, y los padres e hijos en cuanto familia, han de vivir su servicio a la Iglesia y al mundo. Deben ser en la fe «un corazón y un alma sola», mediante el común espíritu apostólico que los anima y la colaboración que los empeña en las obras de servicio a la comunidad eclesial y civil.”(FC 50).

Ya que la familia es la unidad básica de la Iglesia, está llamada por Dios para ser partícipe de su misión *ad gentes*. Las familias están bendecidas con la oportunidad de conocer a Dios y ser parte de Su plan para bendecir a otros. Las familias misioneras tiene la misión de “dar los signos de la fe que atraen a los hombres hacia la belleza del Evangelio, según las palabras de Cristo: «Ámense como yo les he amado; en esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos», (cfr. Jn 13,34), y «Que todos sean uno... para que el mundo crea» (cfr. Jn 17,21).” (Papa Francisco. 6 de marzo del 2015)

ESPIRITUALIDAD MISIONERA:

Reunidos en algún lugar de la casa donde se haya podido elaborar un pequeño altar con presencia de la Sagrada Escritura, un crucifijo y una imagen de la Virgen María, rezamos el Rosario por las familias.

Se inicia el rezo del Santo Rosario como de ordinario. Independientemente de cuales sean los misterios que correspondan al día se siguen las siguientes intenciones:

I misterio:

“Doy gracias a Dios porque muchas familias, que están lejos de considerarse perfectas, viven en el amor, realizan su vocación y siguen adelante, aunque caigan muchas veces a lo largo del camino” (AL 57)

Ofrecemos este misterio para que el Señor de fortaleza a todas aquellas familias que, aun en medio de sus limitaciones, buscan ser siempre fieles al proyecto de Dios para el matrimonio y la familia.

II misterio:

«La mirada de Cristo, cuya luz alumbra a todo hombre (cf. Jn 1,9; Gaudium et spes, 22) inspira el cuidado pastoral de la Iglesia hacia los fieles que simplemente conviven, quienes han contraído matrimonio sólo civil o los divorciados vueltos a casar. Con el enfoque de la pedagogía divina, la Iglesia mira con amor a quienes participan en su vida de modo imperfecto: pide para ellos la gracia de la conversión; les infunde valor para hacer el bien, para hacerse cargo con amor el uno del otro y para estar al servicio de la comunidad en la que viven y trabajan... (AL 78)

Ofrecemos este misterio por todas aquellas familias que viven en situaciones de fragilidad para que encuentren en la Iglesia una madre que les acompaña y que les ayuda a discernir el camino de encuentro con Cristo y de integración a la comunidad cristiana.

III misterio

“Las migraciones «representan otro signo de los tiempos que hay que afrontar y comprender con toda la carga de consecuencias sobre la vida familiar» ... Las experiencias migratorias resultan especialmente dramáticas y devastadoras, tanto para las familias como para las personas, cuando tienen lugar fuera de la legalidad y son sostenidas por los circuitos internacionales de la trata de personas. También cuando conciernen a las mujeres o a los niños no acompañados, obligados a permanencias prolongadas en lugares de pasaje entre un país y otro, en campos de refugiados, donde no es posible iniciar un camino de integración.” (AL 46)

Ofrecemos este misterio por todas las familias migrantes para que siempre encuentren en la Iglesia la madre que los acoge y que les sana sus heridas causadas por los dramas, muchas veces inhumanos, que tienen que afrontar en tierras extranjeras. Y para que en todas las naciones de la tierra existan leyes que haga valer su dignidad humana más allá de su situación migratoria.

IV misterio

“También en el corazón de cada familia hay que hacer resonar el kerygma, a tiempo y a destiempo, para que ilumine el camino. Todos deberíamos ser capaces de decir, a

partir de lo vivido en nuestras familias: «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16). Sólo a partir de esta experiencia, la pastoral familiar podrá lograr que las familias sean a la vez iglesias domésticas y fermento evangelizador en la sociedad. (AL 290)

Ofrecemos este misterio para que toda familia sea de verdad esa Iglesia doméstica, primera comunidad de los discípulos misioneros del Señor Jesús, desde donde se difunde el Evangelio hasta los últimos rincones de la sociedad y de todo el mundo.

V misterio

“Toda la vida de la familia es un «pastoreo» misericordioso. Cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro: «Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones [...] no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo» (2 Co 3,2-3). Cada uno es un «pescador de hombres» (Lc 5,10) que, en el nombre de Jesús, «echa las redes» (cf. Lc 5,5) en los demás, o un labrador que trabaja en esa tierra fresca que son sus seres amados, estimulando lo mejor de ellos. La fecundidad matrimonial implica promover, porque «amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible; y es, al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esta espera ». Esto es un culto a Dios, porque es él quien sembró muchas cosas buenas en los demás esperando que las hagamos crecer.” (AL 322)

Ofrecemos este misterio para que el Señor conceda a todas las familias cristianas fortalecerse en sus relaciones de igualdad, de comunión y fecundidad de tal modo que en el hogar cada uno de sus miembros experimente el amor de Dios para crecer como cristiano y la compañía de los suyos como un estímulo para madurar como persona.

Después del quinto misterio se ofrece un Padre Nuestro, tres Ave María y la Salve por la conversión de las familias; y a continuación se recitan las letanías a la Sagrada Familia de Nazaret.

Letanías a la Sagrada Familia de Nazaret.

Señor ten piedad de nosotros.
Señor ten piedad de nosotros.

Cristo ten piedad de nosotros.
Cristo ten piedad de nosotros.

Señor ten piedad de nosotros.
Señor ten piedad de nosotros.

Cristo, óyenos.
Cristo escúchanos.

Dios Padre celestial;
ten piedad de nosotros.

Dios Hijo Redentor del mundo;
ten piedad de nosotros.

Dios Espíritu Santo;
ten piedad de nosotros.

Santa Trinidad, un solo Dios;
ten piedad de nosotros.

Jesús, María y José,
ruega por nosotros

Jesús, María y José, mercedores de nuestra reverencia y amor,
ruega por nosotros

Jesús, María y José, llamados por las voces de todas las edades la Santa Familia,
ruega por nosotros

Jesús, María y José, nombres bendecidos para siempre del Padre, la Madre e Hijo, quien
componen la Santa Familia,
ruega por nosotros

Jesús, María y José, imagen terrenal de la augusta Trinidad,
ruega por nosotros

Santa Familia probada por las mayores contradicciones,
ruega por nosotros

Santa Familia, afligida en tu viaje a Belén,
ruega por nosotros

Santa Familia, rechazada por todos y obligada a tomar refugio en un establo,
ruega por nosotros

Santa Familia, saludada por los conciertos de ángeles,
ruega por nosotros

Santa Familia, visitada por los pobres pastores,

ruega por nosotros

Santa Familia, venerada por los Reyes Magos,
ruega por nosotros

Santa Familia, perseguidos y exiliados en una tierra extranjera,
ruega por nosotros

Santa Familia, oculta y desconocida en Nazaret,
ruega por nosotros

Santa Familia, modelo de familias Cristianas,
ruega por nosotros

Santa Familia, viviendo en paz y caridad,
ruega por nosotros

Santa Familia, cuyo Esposo es un modelo de vigilancia paternal,
ruega por nosotros

Santa Familia, cuya Esposa es un modelo de cuidado maternal,
ruega por nosotros

Santa Familia, cuyo Niño es un modelo de obediencia y piedad filial,
ruega por nosotros

Santa Familia, quien conduzo una vida laborosa, pobre y penitente,
ruega por nosotros

Santa Familia, pobre en los bienes de este mundo pero rica en los bienes del Cielo,
ruega por nosotros

Santa Familia, despreciada por el mundo, pero grandiosa ante Dios,
ruega por nosotros

Santa Familia, nuestro apoyo en la vida, y nuestra esperanza en la muerte,
ruega por nosotros

Santa Familia, patronos y protectores de todas las familias Cristianas,
ruega por nosotros

Cristo Niño Jesús, Santa María y San José,
ruega por nosotros

Cordero de Dios, Quien quita los pecados del mundo,
líbranos, Oh Señor.

Cordero de Dios, Quien quita los pecados del mundo,
Óyenos, Oh Señor

Cordero de Dios, Quien quita los pecados del mundo,
Ten piedad sobre nosotros, Oh Señor.

Oremos

Oh Dios de bondad y misericordia, quien se ha complacido en llamarnos a amar la Santa Familia; dignate en que siempre honremos e imitemos a Jesús, María y José para que, complaciéndolos en la tierra, podamos gozar de sus presencias en el Cielo. A través de nuestro Señor Jesucristo, Tu Hijo, Quien vive y reina Contigo en la Unidad del Espíritu Santo, Un Solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén

Se concluye el Rosario implorando la bendición para la familia.

COMUNIÓN MISIONERA:

“Toda la vida de la familia es un «pastoreo» misericordioso. Cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro... Cada uno es... un labrador que trabaja en esa tierra fresca que son sus seres amados, estimulando lo mejor de ellos. La fecundidad matrimonial implica promover, porque «amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible; y es, al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esta espera». Esto es un culto a Dios, porque es él quien sembró muchas cosas buenas en los demás esperando que las hagamos crecer.” (AL 322)

En una reunión familiar tomamos acuerdos y compromisos para fortalecer las relaciones de igualdad, comunión y fecundidad en el hogar para vivir un “pastoreo misericordioso”. Puede hacerse durante una cena familiar.

PROYECCIÓN MISIONERA:

“Cuando la familia acoge y sale hacia los demás, especialmente hacia los pobres y abandonados, es «símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia». El amor social, reflejo de la Trinidad, es en realidad lo que unifica el sentido espiritual de la familia y su misión fuera de sí, porque hace

presente el kerygma con todas sus exigencias comunitarias. La familia vive su espiritualidad propia siendo al mismo tiempo una iglesia doméstica y una célula vital para transformar el mundo.”
(AL 324)

Inspirados en este numeral de Amoris Laetitia, siempre en familia, escogemos una familia del barrio que esté pasando necesidad económica y la visitamos para regalarle un diario. En la medida de lo posible que cada miembro de la familia contribuya económicamente para la compra de los abarrotes. Lo ideal sería que en familia se haga la compra del comestible.

Dirección Nacional OMP Costa Rica

“LO QUE HEMOS VISTO Y OÍDO, NO LO PODEMOS CALLAR” (HCH 4,20)

DOMUND 2021

FAMILIA MISIONERA

P. Ronny Solano S.
Secretario Ejecutivo de la Comisión Nacional de Familia y Vida
Conferencia Episcopal de Costa Rica

FORMACIÓN MISIONERA:

En familia se lee y escucha con atención el siguiente texto sobre la familia en misión. Después de la lectura y escucha atenta compartimos lo que más nos ha llamado la atención.

“Y dijo Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.»” (Gn 1, 26-28)

“Dijo luego Yahveh Dios: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.»" "Entonces Yahveh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahveh Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada.» Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne." (Gn 2, 18. 22-24)

Guía de reflexión:

- ¿Qué me ha llamado más la atención de estos dos textos?
- ¿Qué le preguntaría yo al texto?

Profundización

Dios no es un ser solitario, Él es familia: la familia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Si Dios es familia y si Él nos ha creado a su imagen y semejanza entonces nos ha creado para vivir en familia.

Podríamos decir que cada familia tiene la vocación en esta tierra de ser icono de la Santísima Trinidad a través de la comunión de amor entre sus miembros. Por eso afirma el Papa Francisco que:

«La Sagrada Escritura y la Tradición nos revelan la Trinidad con características familiares. La familia es imagen de Dios, que [...] es comunión de personas... (AL 71).

En la familia humana, reunida en Cristo, se ve restaurada la “imagen y semejanza” con la Santísima Trinidad (cf. Gn 1,26), misterio del que brota todo amor verdadero. Desde Cristo, a través de la Iglesia, el matrimonio y la familia reciben la gracia necesaria para testimoniar el Evangelio del amor de Dios.

Años antes los Obispos de Latinoamérica y del Caribe habían afirmado en Aparecida que: “la familia es imagen de Dios que, en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia. En la comunión de amor de las tres Personas divinas, nuestras familias tienen: su origen, su modelo perfecto, su motivación más bella y su último destino.” (DA 434)

Para la familia el ser icono de la Trinidad implica su misión, y esta misión es en primer término, tal y como lo dice el Papa Francisco, el testimoniar el Evangelio del amor de Dios. Bien decía el Papa San Juan Pablo Segundo que “hay que decir que la esencia y el cometido de la familia son definidos en última instancia por el amor. Por esto la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa.

San Pablo VI afirmaba que en cada familia como “Iglesia doméstica” debería reflejar los diversos aspectos de la Iglesia entera, y la Iglesia existe para evangelizar. La misión evangelizadora en la Iglesia se vive en un doble movimiento que la mantiene en un estado permanente de misión: hacia dentro de la misma Iglesia y también hacia afuera de ella. Así la familia está llamada a ser misionera testimoniando el Evangelio del amor de Dios en el mismo hogar y más allá de la propia vida familiar.

Toda familia que ha tenido un real encuentro con Cristo y ha respondido con alegría a su llamado debe decir: **lo que hemos visto y oído, no lo podemos callar** (Cfr. Hch 4,20). Cuando la familia, como todo cristiano, es evangelizada se vuelve sujeto de la evangelización. A la familia también le corresponde ser discípula misionera del Señor Jesucristo.

Partiendo de esto podríamos dividir los cometidos de la familia, Iglesia doméstica, en dos momentos de misión: la familia en misión **que se está** evangelizando y la familia en misión **que está** evangelizando.

La familia en misión que se está evangelizando:

El encuentro con Cristo es personal. Pero también para toda familia hay un antes y después de Cristo, seguramente marcado por algún acontecimiento en alguna etapa o situación de vida muy propias de un hogar. Incluso ese antes y después de Cristo pudo haber surgido por alguna experiencia kerigmática (retiro, convivencia, campamento, jornada cristiana) que la pareja, la familia completa o alguno de sus miembros ha vivido. No todas las familias son desde su origen Iglesia doméstica.

Para que la familia logre cumplir con esta sublime misión está llamada a cumplir con cuatro cometidos (Cfr. FC 17), estos son:

- 5) formación de una comunidad de personas,
- 6) servicio a la vida,
- 7) participación en el desarrollo de la sociedad y
- 8) participación en la vida y misión de la Iglesia.

1) Familia comunidad de personas:

<p>“La familia, fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas: del hombre y de la mujer esposos, de los padres y de los hijos, de los parientes. Su primer cometido es el de vivir fielmente la realidad de la comunión con el empeño constante de desarrollar una auténtica comunidad de personas.” (FC 18).</p>
--

En la familia se han de madurar las relaciones de comunión y de igualdad para que sus miembros logren ser una verdadera comunidad de personas.

"Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre... El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. (Jn 14, 7-9).

Esta cita bíblica nos ayuda a comprender la relación de igualdad que existe al interno de la Familia Trinitaria, y de algún modo, con las limitaciones del caso, es una invitación para que en casa cada miembro sea reflejo de unidad familiar. Esta igualdad alcanza sus frutos cuando en hogar se da *la vivencia del valor humano del respeto*.

“La semilla cristiana de la **igualdad radical entre los cónyuges** debe hoy llevar nuevos frutos” (Papa Francisco 29/4/2105).

El valor del respeto a la dignidad humana de cada miembro de la familia permite también el debido desarrollo de los roles de cada uno de sus miembros. Ser iguales no es lo mismo que un simple igualitarismo familiar que socaba la debida autoridad de los padres.

La familia cristiana es aquella donde cada uno de sus miembros cumple con su respectivo rol: el de ser esposo, esposa, padre, madre, hijo, hermano. En la familia, por la igual dignidad que compartimos (Cfr. Gn 1, 26-27), todos somos “ayuda adecuada para el otro” (Cfr. 2, 18. 23) en el cumplimiento de los roles.

"Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne." (Gn 2, 24)

La invitación a dejar la casa paterna tiene como objetivo la **unidad y comunión de la pareja que en el matrimonio se hace una sola carne**. Y sobre la base de la comunidad conyugal se edifica y se desarrolla la comunidad de la familia.

“El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros. También Dios, en efecto, es comunión: las tres Personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta...Y es precisamente este el misterio del matrimonio: Dios hace de los dos esposos una sola existencia» (Papa Francisco 2 de abril, 2014).

El proyecto de redención y salvación de la humanidad es una obra de la familia Trinitaria:

«Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo» ... «En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que él hace.» " (Jn 5, 17. 19-20)

Así la familia urge de *un proyecto común de vida* porque cuando todos en casa asumimos un mismo rumbo, poniéndonos acuerdo, y asumiendo compromisos para llegar a alcanzar metas comunes, es cuando respiramos una verdadera unidad y comunión familiar. El “hagamos” de la familia Trinitaria que crea comunión, se vuelve

un modelo para toda familia donde cada uno anda buscando un rumbo sin tomar en cuenta a sus seres queridos.

2) *Familia servidora de la vida:*

“La pareja que ama y genera la vida es la verdadera «escultura» viviente... capaz de manifestar al Dios creador y salvador. Por eso el amor fecundo llega a ser el símbolo de las realidades íntimas de Dios (cf. Gn 1,28; 9,7; 17,2-5.16; 28,3; 35,11; 48,3-4) ... Bajo esta luz, la relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad que contempla en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor. El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente.” (AL 11) “Así el cometido fundamental de la familia es el servicio a la vida, el realizar a lo largo de la historia la bendición original del Creador, transmitiendo en la generación la imagen divina de hombre a hombre.” (FC 28).

Es misión de la familia fortalecer las relaciones de fecundidad entre sus miembros, sí a través del don de la procreación, pero también haciendo del hogar ese lugar donde se celebra la vida promoviendo el desarrollo humano y cristiano de la persona.

La familia “ha sido y es escuela de la fe... hogar en que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente.” (DA 114). Se entiende pues que la familia fecunda es la que se preocupa por la formación moral y espiritual de sus miembros, especialmente de los hijos. De hecho, así lo confirma el Catecismo de la Iglesia Católica cuando expresa que “la fecundidad del amor conyugal se extiende a los frutos de la vida moral, espiritual y sobrenatural que los padres transmiten a sus hijos por medio de la educación. Los padres son los principales y primeros educadores de sus hijos” (#1653).

En las cartas del Apóstol Pablo encontramos testimonios de esa Iglesia doméstica que transmite la fe:

“Doy gracias a Dios, a quien, como mis antepasados, rindo culto con una conciencia pura, cuando continuamente, noche y día, me acuerdo de ti en mis oraciones... Pues evoco el recuerdo de la fe sincera que tú tienes, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y sé que también ha arraigado en ti.” (II Timoteo 1, 3.5).

En cuanto a la educación de la fe, los padres deben vivir esta tarea no como algo meramente inherente a su función natural de ser los procreadores de sus hijos sino como un verdadero ministerio que surge de su realidad bautismal. Así lo enseña la Iglesia cuando afirma que es en la educación de la fe en el hogar “donde se ejercita de manera privilegiada el sacerdocio bautismal del padre de familia, de la madre, de los hijos, de todos los miembros de la familia, en la recepción de los sacramentos, en la oración y en

la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la renuncia y el amor que se traduce en obras" (CIC 1657)

Conviene recordar a los padres de familia que el amor de justicia que ellos deben a sus hijos es precisamente la educación; y recordar a los hijos que el amor debido a los padres es la veneración por el hecho mismo de haberles dado la vida de allí que la obediencia a ellos es un signo de esa veneración que se les debe. El ejemplo a imitar es el mismo Jesús niño y adolescente del cual declara la Sagrada Escritura: "bajó con ellos (José y María) y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos... Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres." (Lc 2, 51-52).

II. La familia en misión que está evangelizando.

"Lo que hemos visto y oído, no lo podemos callar" (Hch 4,20).

La experiencia de encuentro con Cristo en la familia necesariamente la debe llevar al deseo de comunicar a las demás familias lo que han visto y oído al estar a los pies del Maestro. La familia discípula misionera experimenta ahora la necesidad de una misión hacia afuera. La familia objeto de la evangelización ahora se vuelve sujeto; la familia evangelizada es ahora familia evangelizadora, y así debe ser porque nadie puede dar lo que no se tiene.

"En nuestros días, en un mundo frecuentemente extraño e incluso hostil a la fe, las familias creyentes tienen una importancia primordial en cuanto faros de una fe viva e irradiadora." (CEC 1656).

En este sentido la familia en misión cumple los otros dos cometidos que Juan Pablo II le asigna en *Familiaris Consortio*: su participación en el desarrollo de la sociedad y en la vida y misión de la Iglesia.

3. Participación de la familia en el desarrollo de la sociedad.

"El Creador del mundo estableció la sociedad conyugal como origen y fundamento de la sociedad humana; la familia es por ello la «célula primera y vital de la sociedad». La familia posee vínculos vitales y orgánicos con la sociedad, porque constituye su fundamento y alimento continuo mediante su función de servicio a la vida. En efecto, de la familia nacen los ciudadanos, y éstos encuentran en ella la primera escuela de esas virtudes sociales, que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad misma. Así la familia, en virtud de su naturaleza y vocación, lejos de encerrarse en sí misma, se abre a las demás familias y a la sociedad, asumiendo su función social." (FC 42)

En esta misma línea el Papa Francisco nos recuerda que: "la familia es el ámbito de la socialización primaria, porque es el primer lugar donde se aprende a colocarse frente al otro, a escuchar, a compartir, a soportar, a respetar, a ayudar, a convivir. La tarea educativa tiene que despertar el sentimiento del mundo y de la sociedad como hogar, es una educación para saber «habitar», más allá de los límites de la propia casa." (AL 276)

La función social de las familias está llamada a manifestarse también en la forma de intervención política, es decir, las familias deben ser las primeras en procurar que las leyes y las

instituciones del Estado no sólo no ofendan, sino que sostengan y defiendan positivamente los derechos y los deberes de la familia. En este sentido las familias deben crecer en la conciencia de ser «protagonistas» de la llamada «política familiar», y asumirse la responsabilidad de transformar la sociedad; de otro modo las familias serán las primeras víctimas de aquellos males que se han limitado a observar con indiferencia. (Cfr. FC 44)

4. Participación de la familia en la vida y misión de la Iglesia.

Desde siempre la familia ha estado presente en el plan de Dios para que sea misionera.

“La Biblia está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares, desde la primera página, donde entra en escena la familia de Adán y Eva con su peso de violencia, pero también con la fuerza de la vida que continúa (cf. Gn 4), hasta la última página donde aparecen las bodas de la Esposa y del Cordero (cf. Ap 21,2.9). Las dos casas que Jesús describe, construidas sobre roca o sobre arena (cf. Mt 7,24-27), son expresión simbólica de tantas situaciones familiares, creadas por las libertades” (AL 8)

Así desde la creación Dios va desarrollando su plan de salvación a través de familias a las que les asigna misiones diversas. Dios llamó a Abraham, José y Moisés y les encomendó a cada cual una misión donde participaron también sus familias. A Abraham el Señor hizo una promesa: “En ti serán benditas todas las familias de la tierra” (Gn 1, 3) y por su obediencia y la de su familia esta promesa fue cumplida. “Mi familia y yo serviremos al Señor” (Jos 24, 15) El testimonio de fidelidad al Señor de Josué y su familia se vuelve hoy una luz que motiva a las familias a ser misioneras de frente a un mundo lleno de falsas ideologías. En el Nuevo Testamento, partiendo de la imagen de familia como Iglesia doméstica en misión, nos encontramos con casos de familias misioneras; tal es el caso del matrimonio de Priscila y Áquila, que había abandonado la vida pagana para hacerse cristiano después de escuchar la predicación de Pablo. (Cfr. Rm 16,5)

“La familia cristiana está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo a servicio de la Iglesia y de la sociedad su propio ser y obrar, en cuanto comunidad íntima de vida y de amor. Si la familia cristiana es comunidad cuyos vínculos son renovados por Cristo mediante la fe y los sacramentos, su participación en la misión de la Iglesia debe realizarse según una modalidad comunitaria; juntos, pues, los cónyuges en cuanto pareja, y los padres e hijos en cuanto familia, han de vivir su servicio a la Iglesia y al mundo. Deben ser en la fe «un corazón y un alma sola», mediante el común espíritu apostólico que los anima y la colaboración que los empeña en las obras de servicio a la comunidad eclesial y civil.”(FC 50).

Ya que la familia es la unidad básica de la Iglesia, está llamada por Dios para ser partícipe de su misión *ad gentes*. Las familias están bendecidas con la oportunidad de conocer a Dios y ser parte de Su plan para bendecir a otros. Las familias misioneras tiene la misión de “dar los signos de la fe que atraen a los hombres hacia la belleza del Evangelio, según las palabras de Cristo: «Ámense como yo les he amado; en esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos», (cfr. Jn 13,34), y «Que todos sean uno... para que el mundo crea» (cfr. Jn 17,21).” (Papa Francisco. 6 de marzo del 2015)

ESPIRITUALIDAD MISIONERA:

Reunidos en algún lugar de la casa donde se haya podido elaborar un pequeño altar con presencia de la Sagrada Escritura, un crucifijo y una imagen de la Virgen María, rezamos el Rosario por las familias.

Se inicia el rezo del Santo Rosario como de ordinario. Independientemente de cuales sean los misterios que correspondan al día se siguen las siguientes intenciones:

I misterio:

“Doy gracias a Dios porque muchas familias, que están lejos de considerarse perfectas, viven en el amor, realizan su vocación y siguen adelante, aunque caigan muchas veces a lo largo del camino” (AL 57)

Ofrecemos este misterio para que el Señor de fortaleza a todas aquellas familias que, aun en medio de sus limitaciones, buscan ser siempre fieles al proyecto de Dios para el matrimonio y la familia.

II misterio:

«La mirada de Cristo, cuya luz alumbra a todo hombre (cf. Jn 1,9; Gaudium et spes, 22) inspira el cuidado pastoral de la Iglesia hacia los fieles que simplemente conviven, quienes han contraído matrimonio sólo civil o los divorciados vueltos a casar. Con el enfoque de la pedagogía divina, la Iglesia mira con amor a quienes participan en su vida de modo imperfecto: pide para ellos la gracia de la conversión; les infunde valor para hacer el bien, para hacerse cargo con amor el uno del otro y para estar al servicio de la comunidad en la que viven y trabajan... (AL 78)

Ofrecemos este misterio por todas aquellas familias que viven en situaciones de fragilidad para que encuentren en la Iglesia una madre que les acompaña y que les ayuda a discernir el camino de encuentro con Cristo y de integración a la comunidad cristiana.

III misterio

“Las migraciones «representan otro signo de los tiempos que hay que afrontar y comprender con toda la carga de consecuencias sobre la vida familiar» ... Las experiencias migratorias resultan especialmente dramáticas y devastadoras, tanto para las familias como para las personas, cuando tienen lugar fuera de la legalidad y son sostenidas por los circuitos internacionales de la trata de personas. También cuando conciernen a las mujeres o a los niños no acompañados, obligados a permanencias prolongadas en lugares de pasaje entre un país y otro, en campos de refugiados, donde no es posible iniciar un camino de integración.” (AL 46)

Ofrecemos este misterio por todas las familias migrantes para que siempre encuentren en la Iglesia la madre que los acoge y que les sana sus heridas causadas por los dramas, muchas veces inhumanos, que tienen que afrontar en tierras extranjeras. Y para que en todas las naciones de la tierra existan leyes que haga valer su dignidad humana más allá de su situación migratoria.

IV misterio

“También en el corazón de cada familia hay que hacer resonar el kerygma, a tiempo y a destiempo, para que ilumine el camino. Todos deberíamos ser capaces de decir, a partir de lo vivido en nuestras familias: «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16). Sólo a partir de esta experiencia, la pastoral familiar podrá lograr que las familias sean a la vez iglesias domésticas y fermento evangelizador en la sociedad. (AL 290)

Ofrecemos este misterio para que toda familia sea de verdad esa Iglesia doméstica, primera comunidad de los discípulos misioneros del Señor Jesús, desde donde se difunde el Evangelio hasta los últimos rincones de la sociedad y de todo el mundo.

V misterio

“Toda la vida de la familia es un «pastoreo» misericordioso. Cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro: «Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones [...] no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo» (2 Co 3,2-3). Cada uno es un «pescador de hombres» (Lc 5,10) que, en el nombre de Jesús, «echa las redes» (cf. Lc 5,5) en los demás, o un labrador que trabaja en esa tierra fresca que son sus seres amados, estimulando lo mejor de ellos. La fecundidad matrimonial implica promover, porque «amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible; y es, al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esta espera ». Esto es un culto a Dios, porque es él quien sembró muchas cosas buenas en los demás esperando que las hagamos crecer.” (AL 322)

Ofrecemos este misterio para que el Señor conceda a todas las familias cristianas fortalecerse en sus relaciones de igualdad, de comunión y fecundidad de tal modo que

en el hogar cada uno de sus miembros experimente el amor de Dios para crecer como cristiano y la compañía de los suyos como un estímulo para madurar como persona.

Después del quinto misterio se ofrece un Padre Nuestro, tres Ave María y la Salve por la conversión de las familias; y a continuación se recitan las letanías a la Sagrada Familia de Nazaret.

Letanías a la Sagrada Familia de Nazaret.

Señor ten piedad de nosotros.
Señor ten piedad de nosotros.

Cristo ten piedad de nosotros.
Cristo ten piedad de nosotros.

Señor ten piedad de nosotros.
Señor ten piedad de nosotros.

Cristo, óyenos.
Cristo escúchanos.

Dios Padre celestial;
ten piedad de nosotros.

Dios Hijo Redentor del mundo;
ten piedad de nosotros.

Dios Espíritu Santo;
ten piedad de nosotros.

Santa Trinidad, un solo Dios;
ten piedad de nosotros.

Jesús, María y José,
ruega por nosotros

Jesús, María y José, merecedores de nuestra reverencia y amor,
ruega por nosotros

Jesús, María y José, llamados por las voces de todas las edades la Santa Familia,
ruega por nosotros

Jesús, María y José, nombres bendecidos para siempre del Padre, la Madre e Hijo, quien

componen la Santa Familia,
ruega por nosotros

Jesús, María y José, imagen terrenal de la augusta Trinidad,
ruega por nosotros

Santa Familia probada por las mayores contradicciones,
ruega por nosotros

Santa Familia, afligida en tu viaje a Belén,
ruega por nosotros

Santa Familia, rechazada por todos y obligada a tomar refugio en un establo,
ruega por nosotros

Santa Familia, saludada por los conciertos de ángeles,
ruega por nosotros

Santa Familia, visitada por los pobres pastores,
ruega por nosotros

Santa Familia, venerada por los Reyes Magos,
ruega por nosotros

Santa Familia, perseguidos y exiliados en una tierra extranjera,
ruega por nosotros

Santa Familia, oculta y desconocida en Nazaret,
ruega por nosotros

Santa Familia, modelo de familias Cristianas,
ruega por nosotros

Santa Familia, viviendo en paz y caridad,
ruega por nosotros

Santa Familia, cuyo Esposo es un modelo de vigilancia paternal,
ruega por nosotros

Santa Familia, cuya Esposa es un modelo de cuidado maternal,
ruega por nosotros

Santa Familia, cuyo Niño es un modelo de obediencia y piedad filial,

ruega por nosotros

Santa Familia, quien conduzco una vida laborosa, pobre y penitente,
ruega por nosotros

Santa Familia, pobre en los bienes de este mundo pero rica en los bienes del Cielo,
ruega por nosotros

Santa Familia, despreciada por el mundo, pero grandiosa ante Dios,
ruega por nosotros

Santa Familia, nuestro apoyo en la vida, y nuestra esperanza en la muerte,
ruega por nosotros

Santa Familia, patronos y protectores de todas las familias Cristianas,
ruega por nosotros

Cristo Niño Jesús, Santa María y San José,
ruega por nosotros

Cordero de Dios, Quien quita los pecados del mundo,
líbranos, Oh Señor.

Cordero de Dios, Quien quita los pecados del mundo,
Óyenos, Oh Señor

Cordero de Dios, Quien quita los pecados del mundo,
Ten piedad sobre nosotros, Oh Señor.

Oremos

Oh Dios de bondad y misericordia, quien se ha complacido en llamarnos a amar la Santa Familia; dignate en que siempre honremos e imitemos a Jesús, María y José para que, complaciéndolos en la tierra, podamos gozar de sus presencias en el Cielo. A través de nuestro Señor Jesucristo, Tu Hijo, Quien vive y reina Contigo en la Unidad del Espíritu Santo, Un Solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén

Se concluye el Rosario implorando la bendición para la familia.

COMUNIÓN MISIONERA:

“Toda la vida de la familia es un «pastoreo» misericordioso. Cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro... Cada uno es... un labrador que trabaja en esa tierra fresca que son sus seres amados, estimulando lo mejor de ellos. La fecundidad matrimonial implica promover, porque «amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible; y es, al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esta espera». Esto es un culto a Dios, porque es él quien sembró muchas cosas buenas en los demás esperando que las hagamos crecer.” (AL 322)

En una reunión familiar tomamos acuerdos y compromisos para fortalecer las relaciones de igualdad, comunión y fecundidad en el hogar para vivir un “pastoreo misericordioso”. Puede hacerse durante una cena familiar.

PROYECCIÓN MISIONERA:

“Cuando la familia acoge y sale hacia los demás, especialmente hacia los pobres y abandonados, es «símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia». El amor social, reflejo de la Trinidad, es en realidad lo que unifica el sentido espiritual de la familia y su misión fuera de sí, porque hace presente el kerygma con todas sus exigencias comunitarias. La familia vive su espiritualidad propia siendo al mismo tiempo una iglesia doméstica y una célula vital para transformar el mundo.” (AL 324)

Inspirados en este numeral de Amoris Laetitia, siempre en familia, escogemos una familia del barrio que esté pasando necesidad económica y la visitamos para regalarle un diario. En la medida de lo posible que cada miembro de la familia contribuya económicamente para la compra de los abarrotes. Lo ideal sería que en familia se haga la compra del comestible.

Dirección Nacional OMP Costa Rica